

CUENTOS DE LA REGIÓN PURÉPECHA

Volumen 2



Lorena Juárez Guerrero

Ilustraciones

Laura Vázquez García





**GOBIERNO DE
MÉXICO**

INPI
INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional de los
Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural,
Investigación y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

Contenido

Introducción

1

El pez y el diablo

3

Los secuestros de la Miringua

17

Amor impuesto

29

La penitencia

45

CUENTOS DE LA REGIÓN PURÉPECHA
(Volumen 2)

Investigación y adaptación

Lorena Juárez Guerrero

Ilustraciones

Laura Vázquez García

Corrección de estilo

Carlos Raúl Rivero Padilla

Coordinación de la serie

Norberto Zamora Pérez

MÉXICO, 2020

Introducción

El segundo volumen de cuentos cortos, inspirados en los mitos purépechas, presenta historias más alejadas de la vida cotidiana. Las narraciones abarcan las creencias relacionadas estrechamente a los mitos de la naturaleza misma, que aparece en toda su fuerza, vitalidad y belleza.

Los mitos, que son el principio de las siguientes historias, surgen del intento de explicar aquello que es incomprendible en su totalidad por generaciones pasadas y llega a la comunidad, como tradición y creencia. Nacen de las primeras preguntas y de la búsqueda de respuestas y explicaciones. En el segundo volumen de cuentos se desarrollan tres creencias importantes para el pueblo purépecha.

La primera es la relación de los cerros y barrancos: para los habitantes de estas comunidades son lugares peligrosos y en donde ocurren fenómenos sobrenaturales. Podemos identificar, entre éstas, la aparición de seres fantásticos que guían a las personas para que caigan a los barrancos.

La siguiente creencia importante es la que implica a las brujas y la actividad mágica. En Cherán, por ejemplo, son comunes los relatos sobre vecinos brujos, y éstos son vistos con normalidad, sin ningún prejuicio negativo. Lo sobrenatural se presenta en el momento en que a la brujería se adjudica la enfermedad, muerte o mala fortuna de alguna familia o individuo. Además, las brujas y los brujos, según las creencias, poseen el poder de transformarse en animales y el de controlar la voluntad de las personas para manipularlas con distintos fines.

Por último, nos encontramos con aquellas creencias que sugieren que hay un castigo para los comportamientos negativos o despreciables. Las consecuencias además de morales, pueden atentar corporalmente contra la persona, es decir, contra la vida. La desaparición o muerte repentina tras obtener rápidamente una riqueza, o ante un crimen cometido, se percibe regularmente como un castigo sobrenatural.

Con los próximos cuentos termina esta serie de libros que pretende recabar los mitos y las creencias más significativos de la cosmovisión del pueblo purépecha. El motivo de desarrollar historias alrededor de tales mitos, es el deseo de que sean transmitidas a una cantidad importante de personas, y así, alentar el interés en esta comunidad tan rica y diversa.





El pez y el diablo

Cerca del lago de Pátzcuaro vivía un pescador llamado Jacinto, un hombre sumamente presuntuoso, competitivo y envidioso. Siempre veía que jardín era más verde que el suyo y le gustaba alardear de ser el mejor de los pescadores. Habitaba en el pueblo cercano, con su esposa y sus dos hijos, en una casa modesta, pero linda.

Uno de los tantos días de trabajo, Jacinto se dirigió al lago para atrapar todos los peces que pudiera y ver a sus compañeros. Los pescadores del lugar eran grandes amigos, y aunque apreciaban a Jacinto, éste lograba incomodarlos con su actitud. Cuando llegó, estaban juntos platicando, riendo y bebiendo, como si estuvieran celebrando algo. Jacinto se acercó a ellos.

- ¡Ah! ¡Jacinto! Ven ¡únete! Sírvete un poco, compañero.

Era Prisciano, un pescador mayor, como de unos 60 años. Su piel era morena y su cabello aún se conservaba negro. Parecía que los años no pasaban por él. Lucía, quizá, unos 10 años más joven de lo que era y mostraba una jovialidad impresionante.

- ¿Que están celebrando? - preguntó Jacinto.

- Pues nada, sólo que aquí, mi compañero Julián, se ha coronado como el mejor pescador de todo Pátzcuaro.

- Ay, ¿a poco sí?! ¿Pues qué hizo o qué? - bromeó Jacinto.

- Pescó nada más y nada menos que 100 peces en un día.

- ¡Ay, no invente! Eso nadie puede hacerlo. Yo que soy el mejor, no he sacado más de 70.

Miguel, otro pescador, de unos 40 años, se acercó a responderle a Jacinto.

- Bueno Jacinto, eso de que tú seas el más mejor, aún está en duda ¡eh! Así que mejor omitimos esa parte. Por otro lado, Julián es más joven, más atlético y le dedica mucha pasión a esto. Es una cosa de admirarse.

- Bueno, pues ya veremos. Por lo pronto, muchas felicidades niño, es un orgullo ver jóvenes pescadores así.

- Gracias señor Jacinto - respondió Julián con una sonrisa honesta.

Jacinto lo miró y lo invadió la envidia.

¿Cómo era posible que un joven que llevaba menos años de experiencia lo hubiera superado? Julián, de unos 27 años, alto, de cuerpo atlético y de rasgos atractivos; su cabello negro, brillaba con el sol. Jacinto, por su parte, se había convertido en un hombre gordo y calvo; siempre había sido bajo de estatura y no era atractivo, ni siquiera de joven. Como pudo, trato de disimular su envidia.

- ¡Un brindis más por nuestro joven compañero!

- gritó Prisciano, sacando a Jacinto de sus pensamientos.

- ¡Salud! - dijeron todos al unísono.

- Dios, ¡qué bárbaro eres! ¡De verdad, Julián!

Ahora sí que el estudiante superó a los maestros. Ahora nosotros vamos a aprender de ti - le dijo Prisciano orgulloso-

- Ay no, cómo creen, fue solo trabajo duro, ¡o quizá hasta suerte! Yo aún tengo mucho que aprender de ustedes. Pero eso sí, pueden contar con la ayuda que necesiten de mí.

- ¡Pues ayúdanos, pásanos el secreto! - le dijo uno

- ¿No tendrás un *Jápingua* verdad? - le insinuó divertido otro. Todos rieron tras escuchar eso.

A Jacinto le brillaron los ojos al escuchar eso. Fue como si un foco se hubiera encendido en su cabeza. Para él eso era un descubrimiento, una oportunidad para desenmascarar a Julián y de paso, utilizar a su favor la sucia estrategia. Interrumpiendo sus pensamientos, escuchó que el joven seguía la broma diciendo que no. "Si como

no, muchacho tramposo. ¿Cómo más pescaría tanto?" pensó Jacinto.

- Vamos pues, de vuelta a trabajar - les ordenó Prisciano

Esa tarde, al regresar a casa, Jacinto le contó a su mujer sobre lo ocurrido con el joven y sus sospechas. Sin embargo, la mujer, de mejor corazón e intenciones que su marido, le sugirió que se ocupara de sus cosas y dejara de ver que hacían los demás.

- Ya te he dicho que te ocupes de tus cosas, viejo. A ti que te importa que haga el joven Julián o no. ¡Déjalo! Ha de tener una buena racha y ya.

- Bueno mujer, ¿qué tú eres sorda? ¿Que no acabas de escuchar la cantidad de peces que se pescó en un día? ¿Cuándo habías visto algo así? Además, ¿de dónde saco tantos? Ni que estuviéramos en el mar, hombre.

- Ya vete a descansar, te digo que debió ser una coincidencia y ya. A lo mejor y nunca vuelve a ocurrirle.

- Pues eso dirás tú. Yo mañana voy ir a vigilarlo para ver todos sus movimientos. A ver si es cierto que muy honesto. Me tomaré el día mujer, espero no te moleste.

Su esposa suspiró resignada y después dijo: - Si esto va a sacarte todas tus sospechas de la cabeza para que dejes de hablar de ello, no tengo problema.

Jacinto besó a su esposa y después la siguió a la cama. Para ser humildes, tenían cosas bastante lindas en la habitación, muchas de ellas conseguidas por la pesca que tanto gustaba a



Jacinto. En el buró de la recamara, había una foto de Jacinto pequeño, sosteniendo el primer pez que había logrado pescar con su padre. Él la miró durante un momento y dibujó una sonrisa en su rostro. Recordaba su infancia y cómo soñaba con ser el mejor pescador de todos; volverse un importante distribuidor y ganar mucho dinero para ayudar a vivir mejor a su familia. ¡Qué diferentes eran las cosas! Jacinto se dio la vuelta y se metió en la cama para dormir.

Al día siguiente se levantó temprano, como para ir a trabajar, pero en lugar de preparar sus cosas de pesca, fue a espiar a Julián. El lago estaba hermoso, como de costumbre: un brillo cristalino lo cubría, mientras que su azul se fundía con el cielo al reflejarlo. Los turistas lo admiraban y los niños jugaban en los alrededores.

Pronto, la mirada de Jacinto se cruzó con la silueta de Julián. Estaba solo en su barca. Cada pescador estaba en una zona, ocupado de sus asuntos. Julián se movía con su red con tal gracia, que parecía una mariposa con sus alas. Jacinto decidió esperar el momento de ir a casa para poder interceptarlo e interrogarlo. Mientras tanto, permaneció atento todos sus movimientos.

El atardecer había caído y faltaba cerca de una hora de luz para ir a casa. Los pescadores se despidieron y marcharon a su hogar, algunos en pequeños grupos de dos o tres. Julián, por su parte, se quedó un momento a recolectar su pesca y los utensilios. En ese momento, Jacinto se acercó a él velozmente.

-Ya sé lo que estás haciendo muchacho, y créeme que esa facha de niño bueno no logró engañarme. Habrás engañado al resto, pero a mí no.

- Señor Jacinto, qué sorpresa. Perdona, pero no sé de qué está hablando. ¿Se encuentra bien? Hoy no vino a pescar.

- No te hagas el listo conmigo. Eso te hubiera encantado, ¿no? Que viniera para seguirme restregando en la cara tus habilidades. Pero bueno no importa, estoy seguro que hiciste un pacto con un *Jápingua* y se lo diré a todos para que vuelvan a reconocerme a mí, un hombre honesto que sí lo ha ganado como se debe.

- Yo no tengo nada de eso. Bromeamos ayer, ¿no se acuerda? No habría modo de tener pruebas sobre eso, porque no existen. Bueno Don Jacinto, lo dejo, me esperan en casa y ya queda poco día para disfrutar. Cuídese, que esté bien.

Julián se despidió de Jacinto amigablemente, sin una pizca de molestia por lo que pasó, aunque sí con extrañeza. Jacinto, en cambio, se sentó molesto a la orilla del lago. Miró las barcas de pesca embarcadas y decidió tomar una para tratar de pescar un poco. ¿Qué tal si él lograba la hazaña de pescar más cantidad de lo posible en una hora? Eso no podría hacerlo Julián, claro que no.

Buscó directamente la barca de Miguel, ya que él siempre dejaba una red de reserva. Una vez que la halló, se subió a ella y comenzó a introducirse al lago. Ya dentro, Jacinto comenzó a probar suerte, pero su reto personal de una hora comenzaba a revelarse imposible. El hombre se asomó a las aguas del lago para poder mirar a los peces y encontrar la mejor zona. De pronto un pez brillante se atravesó en su visión. Jacinto se quedó perplejo y miró una vez más hacia el agua. El pez volvió a cruzar por su barca. Entonces notó que lo brillante no era el pez, sino algo que llevaba sobre su cabeza.



Jacinto intentó atraparlo cada vez que pasaba, pero no lo conseguía. Lo único que lograba pescar era al séquito de peces que siempre llevaba detrás de él.

El hombre comenzó a desesperarse. ¿Cómo era posible que no pudiera pescar a aquel animal que ya había visto pasar unas 20 veces por el mismo sitio, y que además, era más grande que el resto? Jacinto aventó la red a la barca molesto y se sentó con las manos en la cabeza.

De repente alguien lo llamó. Era una voz grave y profunda, como replicada por un eco. El hombre volteó lentamente con miedo y sin ver a nadie, escuchó que alguien le decía: "asómame al lago". Jacinto desconfió y comenzó a mover la barca hacia la orilla, pero la voz seguía escuchándose.

- Jacinto, espera. Soy yo, el pez de la corona.

El pescador dejó de remar y extrañado decidió asomarse al borde de la lancha. No podía creer lo que veía: el pez, de gran tamaño, llevaba una corona dorada sobre su cabeza y podía hablar. Por un momento, Jacinto creyó que estaba alucinando, que se había desmayado y estaba soñando, sin embargo, ninguna de esas opciones era real. El pez lo notó y se adelantó asegurándole que todo era verdadero. La voz del animal se escuchaba, pero éste no movía la boca. Jacinto se acercó aún desconfiado y el pez se presentó.

- Soy el amo de los peces, Jacinto. Cualquiera puede verme, pero nadie atraparme y aun así son pocos los que se encontrarán conmigo.

- ¿Eres ... eres un... *Jápingua*?

- Sí, uno de los tantos tipos que hay.

- ¡Lo sabía! Así que tú eres el que ha estado ayudando al joven Julián.

- No puedo revelar nada de eso, aún si estás equivocado. Eso tienes que descubrirlo tú. Pero hablando de ti, puedo proponerte un trato.

- ¿Qué clase de trato?

- Un pacto con el que podrías pescar tantos peces como desees. Yo puedo ayudarte a multiplicar eso, sólo hay un pequeño detalle, a cambio de eso, pido tu alma.

- ¿Mi alma? - preguntó Jacinto asustado

- Ese es el precio de cualquier *Jápingua*. Lo único diferente entre nosotros es cómo nos la llevamos, pero todos pedimos lo mismo.

- ¿Y tú cómo te las llevas?

- En mi caso, yo decido cuándo vengo por ella. El riesgo es a que no sabes cuándo llegaré: puede ser en un mes, en un año, en una década tal vez ... quién sabe. Así que la última palabra la tienes tú, ya conoces mis condiciones.

Jacinto dudó un momento y pensó de manera detenida el asunto. Evaluó todas las ventajas y desventajas del trato, para finalmente, aceptar la propuesta. Entonces el pez dijo:

- Bien, está hecho. Ahora mira - le dijo señalando el agua debajo de él.

Jacinto se asomó y vio una cosa increíble. Los peces del lago se multiplicaban como



locos cerca del gran pez. El hombre no perdió nada de tiempo y tomó la red rápidamente para lanzarla al lago. Pronto, decenas de peces estaban dentro de su red. Jacinto río emocionado y se llevó todos consigo, no sin antes mostrárselos a un señor del pueblo que andaba cerca. Después fue a casa a celebrar con su familia.

Evidentemente él sabía que el señor contaría a todos su hazaña, por lo que al día siguiente estaba preparado para recibir las alabanzas de los compañeros. Todos los felicitaron en cuanto llegó y se dedicaron a sus labores. Ese mismo día, la hazaña se repitió y todos quedaron boquiabiertos al ver la cantidad de peces que Jacinto consiguió. Estaba tan emocionado por todo que decidió donar algunos peces para sus compañeros, obsequiándoles la comida del día. Jacinto notó a un niño pequeño, de unos 8 años, vendiendo en la orilla del lago.

- ¡Eh, señor Prisciano! ¿Ese niño de ahí es nuevo? No lo había visto antes

- Parece que sí, estaba aquí cuando llegamos. Nos asomamos a ver que traía de bueno. Vende anzuelos para los turistas que vienen a pescar, son muy lindos.

- Voy a llevarle un poco de pescado, debe estar hambriento.

- Sólo acércate con cuidado, es bastante tímido.

Jacinto se dirigió hacia el pequeño para ofrecerle la comida mientras conversaba con él. El chiquillo aceptó el pescado sin problema, pero no dijo ni una palabra, sólo sonrió. El hombre, además, le dio un poco de dinero sin comprarle algo, después se despidió.

Pasaron varios meses y Jacinto mantenía su racha de pesca. Ya había quienes empezaban

a sospechar de su exceso de buena suerte, y para nada lo asociaban a su habilidad; la gente formulaba diversas teorías. Un día, llegaron unos pescadores de la costa a turistar al lago, y de paso, a conocer más sobre la pesca tradicional del lugar, que era muy distinta a la que ellos practicaban.

Los pescadores notaron rápidamente la habilidad de Jacinto, y sorprendidos, consideraron recomendarlo con su jefe para que lo empleara en el mar. Discutieron un poco entre ellos, y al final, decidieron conocerlo mejor; cuando caminaban hacia Jacinto, el pequeño de los anzuelos se atravesó para mostrarles sus mercancías. Los hombres se detuvieron, y bastante satisfechos con lo que veían, decidieron comprarle algunos recuerdos. Uno de ellos le preguntó por Jacinto.

- Oye niño, ¿de casualidad sabes el nombre de ese señor que pesca como loco?

El niño subió los hombros e inclinó la cabeza en silencio, como señal de que no tenía la respuesta. Aun así, los hombres le agradecieron y se despidieron con una sonrisa. Cerca de Jacinto, dos de ellos se presentaron, le comentaron de dónde venían, lo impresionados que estaban con sus habilidades y que, además, podían recomendarlo para trabajar en el mar.

-Si aceptas - le dijo uno - estarás a prueba durante los primeros días, pero si el jefe te ve, es seguro que te contrataría por un largo tiempo.

Jacinto no podía con tanta alegría, les agradeció emocionado y profundamente conmovido. Su sueño se estaba haciendo realidad. Una vez que hablaron de todo aquello que Jacinto necesitaría para entrar y presentarse, se despidió y salió disparado para



contarle todo a su esposa. Cuando pasó por la orilla le contó todo al niño de los anzuelos; le dijo que pasaría a despedirse de él antes de marcharse y le compraría algo de lo que vendía para recordarlo. El niño, nuevamente, sólo sonrió.

Jacinto saldría en dos días. La jornada siguiente fue una locura total: la familia preparaba todo lo necesario para la partida de éste. Al principio, él iría sólo, pues en caso de que fracasara regresaría a casa, en cambio, si era contratado como le habían asegurado, su familia lo seguiría hasta el mar.

La tarde previa a la partida, el resto de los pescadores organizaron una modesta despedida para él, sin embargo, Jacinto sumamente soberbio, alardeó de más, diciendo que había superado a todos y demostrado ser el mejor pescador.

- ¿Cómo la ves eh, Julián? Te dejé en ridículo, ¿verdad? Te hice polvo. Ahora yo me voy al mar y tú te quedas aquí en el lago.

- Me parece una oportunidad increíble señor Jacinto, aunque no es algo a lo que yo aspire, pero imagino que debe ser muy bonito. Como sea, lo felicito de verdad, me alegra ver que cumple sus metas.

- ¡Ah, como si te creyeran! ... ¿Le creen señores?

- Jacinto, por favor, no arruines la despedida que de milagro te hicieron. Con actitudes como la que tienes con Julián, no dan ganas de eso - le echó en cara Miguel quien era el que más sospechaba de las habilidades de Jacinto.

- Bueno, bueno señores. ¡Ya basta! Dedicémonos a disfrutar esta pequeña reunión

y nada más. No amarguemos la fiesta con ninguna clase de reclamo – interrumpió Don Prisciano molesto.

Jacinto y Miguel se disculparon y la celebración se alargó hasta bien caída la noche. Cerca de las 11, Jacinto se dirigía a su casa por la calle empedrada del pueblo. Llegando a la puerta de su casa, se dispuso a buscar sus llaves, pero la borrachera no le permitió sostenerlas bien y las tiró. Cuando se agachó para recogerlas, una mano pequeña se adelantó y las tomó. Jacinto levantó la mirada y vio al niño de los anzuelos. Extrañado por la presencia del pequeño a esas horas, le preguntó:

- Ah, eres tú. ¿No es muy tarde para que andes por aquí vendiendo? ¿Dónde vives? Nunca he visto a tus papás. ¿Quieres que te lleve, o prefieres ir solo? Como sea, deberías ir a tu casa, es noche.

El niño, mudo hasta ese momento, por fin habló para responder a Jacinto. Pero su voz no era infantil, ni mucho menos normal, sino siniestra e inquietante.

- Aquí el único que debe irse eres tú, Jacinto. Y no precisamente a tu casa – sentenció el niño esbozando ligeramente una sonrisa.

Jacinto se paralizó. Reconocía perfectamente esa voz.

- Esa voz ... Eres el *Jápingua* – respondió Jacinto con la voz temblorosa.

- Así es, y creo que sabes perfectamente a qué he venido.

- ¡No! ¡No por favor! Dame unos meses más. ¡Un año, sólo eso! Después dejaré que me lleves.



- Lo siento, Jacinto. Los *Jápingua* no negociamos el pacto. O al menos, no todos. Para tu mala fortuna, yo no lo hago.

- ¡No! ¡No ahora! ¡Estoy a punto de conseguir el sueño de mi vida! ¿Por qué no te has llevado a Julián? ¿Por qué conmigo es diferente?

- ¡Vaya! Pensé que ya habías dejado esa obsesión. Ahora que voy a llevarte creo que ya puedes saberlo. Yo nunca hice ningún pacto con Julián. Lamento decirte que todo lo que él consiguió sí fue por mérito propio. No hay más. Ningún *Jápingua*, ni yo, ni ningún otro. Ahora, si me permites...

El *Jápingua* hizo un movimiento veloz, como si jalara algo. El cuerpo de Jacinto y su alma se separaron: el pescador pudo verse a sí mismo tirado sobre la acera, implorando al *Jápingua* por su vida. A la mañana siguiente, muy temprano, unas personas que caminaban hacia el trabajo, encontraron su cuerpo; su mujer y sus hijos estaban devastados.

- Es que no entiendo qué le paso, estaba perfecto de salud y nadie lo asesinó. No puedo entenderlo de veras, no tiene sentido.

- No te desgastes pensando en eso Carmen, creo que todos en el fondo sabíamos que Jacinto andaba jugando con cosas que no debía, o mejor dicho, negociando. Supongo que al menos les dejo algo para que puedan seguir adelante - la alentó Miguel.

- Sí, afortunadamente sí. Supongo que lo usare para hacerme de un negocio y así sacar a mis hijos adelante.

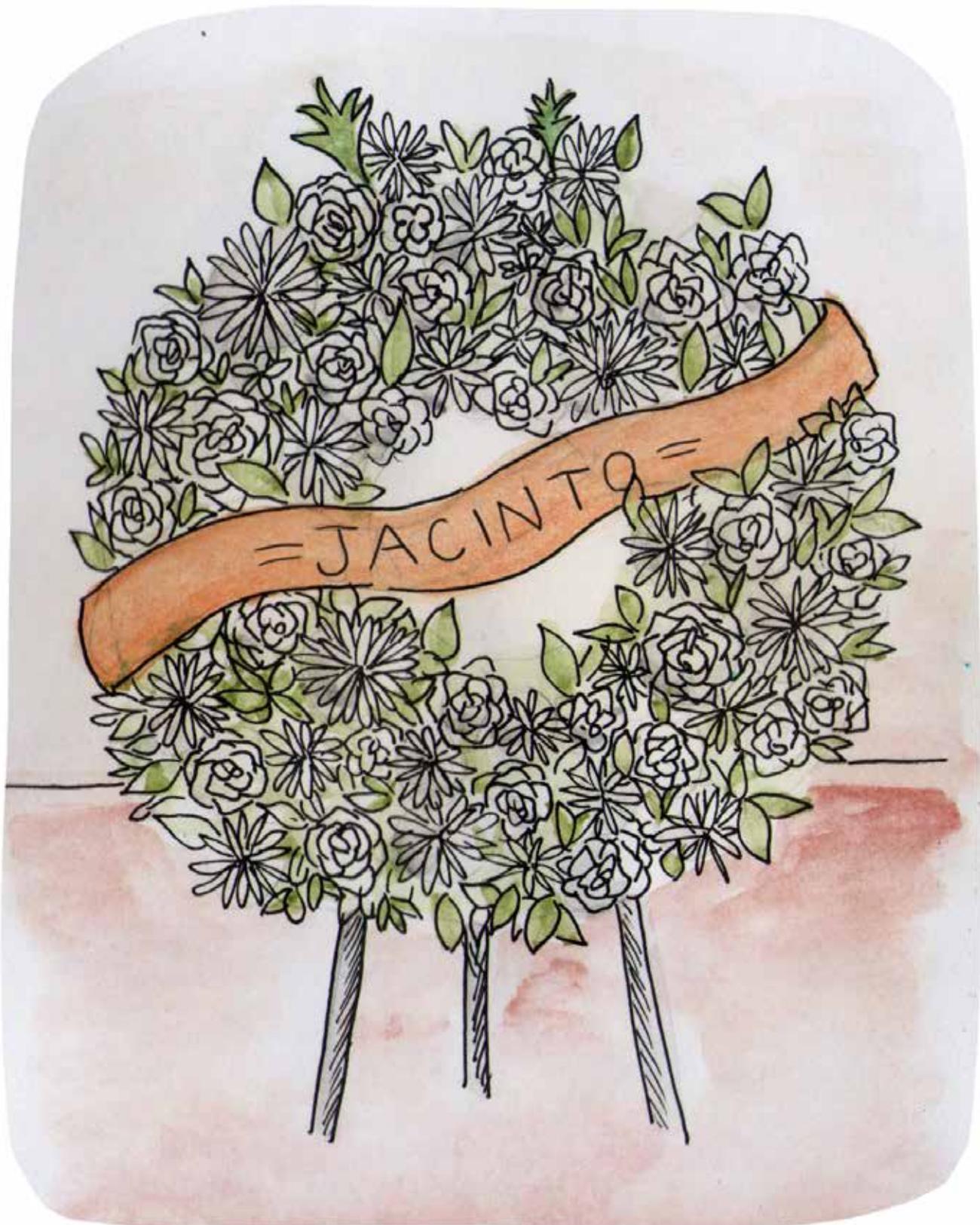
- Cuenta con nosotros siempre que lo necesites. Tenlo por seguro.

- Gracias Miguel, lo haré.

Carmen, la esposa de Jacinto, se dirigió al ataúd donde estaba el cuerpo de su esposo y, mientras lo veía conmovida, se despidió de él.

- Te ganó la soberbia y la ambición, viejo. ¿Qué se le va a hacer? Espero que a donde quiera que te hayan llevado estés bien -sentenció resignada Carmen.

La viuda besó sus dedos y luego los puso sobre los labios de su marido muerto, después se dio la vuelta y se fue.







Los secuestros de la Miringua

El pueblo de Cherán lucía soleado, luminoso y lleno de vida. Sus pequeños edificios coloridos con techos de teja le daban un ambiente rústico e inigualable al lugar. Sus calles eran espaciosas, y a pesar de ser un pueblo grande, la cantidad de gente no lograba aprisionar a los visitantes.

Caminando por una de ellas, con grandes mochilas a la espalda, un grupo de jóvenes turistas se maravillaban con el lugar. Recientemente habían llegado y buscaban un lugar para hospedarse. Mientras caminaban, recorrían con la mirada todo aquello que se cruzara en su camino. Tenían entre 20 y 23 años, todos ciudadanos y universitarios. Los cuatro chicos y las tres chicas tardaron casi 2 horas en encontrar un lugar que se ajustara a sus bolsillos, pero finalmente, pudieron instalarse y descansar.

Dentro del hotel, todos se reunieron en el cuarto de los chicos, que era el más grande. Allí organizaron su día: determinaron que harían, a donde irían y a qué hora estarían de regreso. Cuando definían las últimas actividades, Josué, uno de los chicos, se aventuró a proponer algo.

- ¡Oigan! ¿Están seguros de volver aquí a las 10 de la noche?

- Esto no es la ciudad, Josué. Aquí todos duermen a esa hora, estoy segura – le contestó Claudia.

- ¡Ay! ¿Y eso qué? Nosotros podemos alargar la noche sin problemas. Además, aquí también hay cantinas, ¡eh! Dudo que aquí la borrachera acabe a las 10.

- ¿En qué estás pensando exactamente? – le preguntó Iván

- Podríamos ir a explorar los barrancos de noche. Llevar unas cuantas botanas, bebida, poner unas fogatitas. No sé, aventurarnos.

- ¿Y por qué a los barrancos? Están muy lejos de aquí, son prácticamente las orillas del pueblo – señaló Claudia

- Sí, Josué. Es arriesgado. ¡Imagínate! Si de por sí esas zonas son peligrosas de día, ahora imagínate andar ahí de noche. Podríamos caer y ... ¡hasta morir!

- ¡Ay! ¡No seas exagerada Lilia!

- ¡No son exageraciones!

- ¡Sí! Yo estoy de acuerdo con ella. No te preocupes amiga, tú estás en lo correcto: este desubicado está loco – dijo Brenda en su defensa.

- A ver, a ver. ¡Ya cálmense todos! Estamos aquí para pasarla bien y tener un viaje de compañeros. Pelearse por una tontería como esta sólo lo echaría a perder, así que por favor ... ¡basta! – exclamó Gibran alzando la voz para calmar la situación, con esa cualidad de líder que tanto lo distinguía del resto.

Los chicos se quedaron cabizbajos, pensando en lo que había ocurrido y su comportamiento. Gibran dejó pasar un momento para que alguien hablara, sin embargo, nadie lo hizo. El chico, entonces, continuó.

- Bien. Miren, la verdad a mí también me da desconfianza ir a los barrancos de noche, pero me gustaría mucho hacer la actividad de la fogata y todo lo demás. Yo propongo que hoy vayamos a conocer todo el pueblo, nos acostemos no muy tarde, como dijimos, y mañana temprano visitemos la zona de barrancos.

- Pero el chiste es hacerlo de noche, y no es por la fogata, sino porque dicen que ahí pasan cosas muy raras y tenebrosas. Los mismos lugareños van a esa zona con miedo.

- ¿O sea que todo esto es por lo sobrenatural?

– preguntó preocupado Nicolás, que había permanecido callado.

- Pues sí, ese es el chiste – contestó Josué emocionado.

El grupo, pronto, se dividió en dos: los que apoyaban la aventura de Josué y los que la temían. Gibran, quien creía poco en supersticiones, intentó ayudar a los asustadizos a sentirse seguros, pues a él le parecía una experiencia única.

- A ver chicos, como les decía. Vamos temprano a ver la zona para ver qué tan riesgosa es y ubicar el modo de llegar sin perdernos y dañarnos.

Además, en caso de que acepten, sería bueno ubicar un lugar apropiado para instalarnos. Si llegando allá vemos que, definitivamente, no es seguro, descartamos ese plan. ¿Qué les parece?

- De acuerdo – dijeron todos.

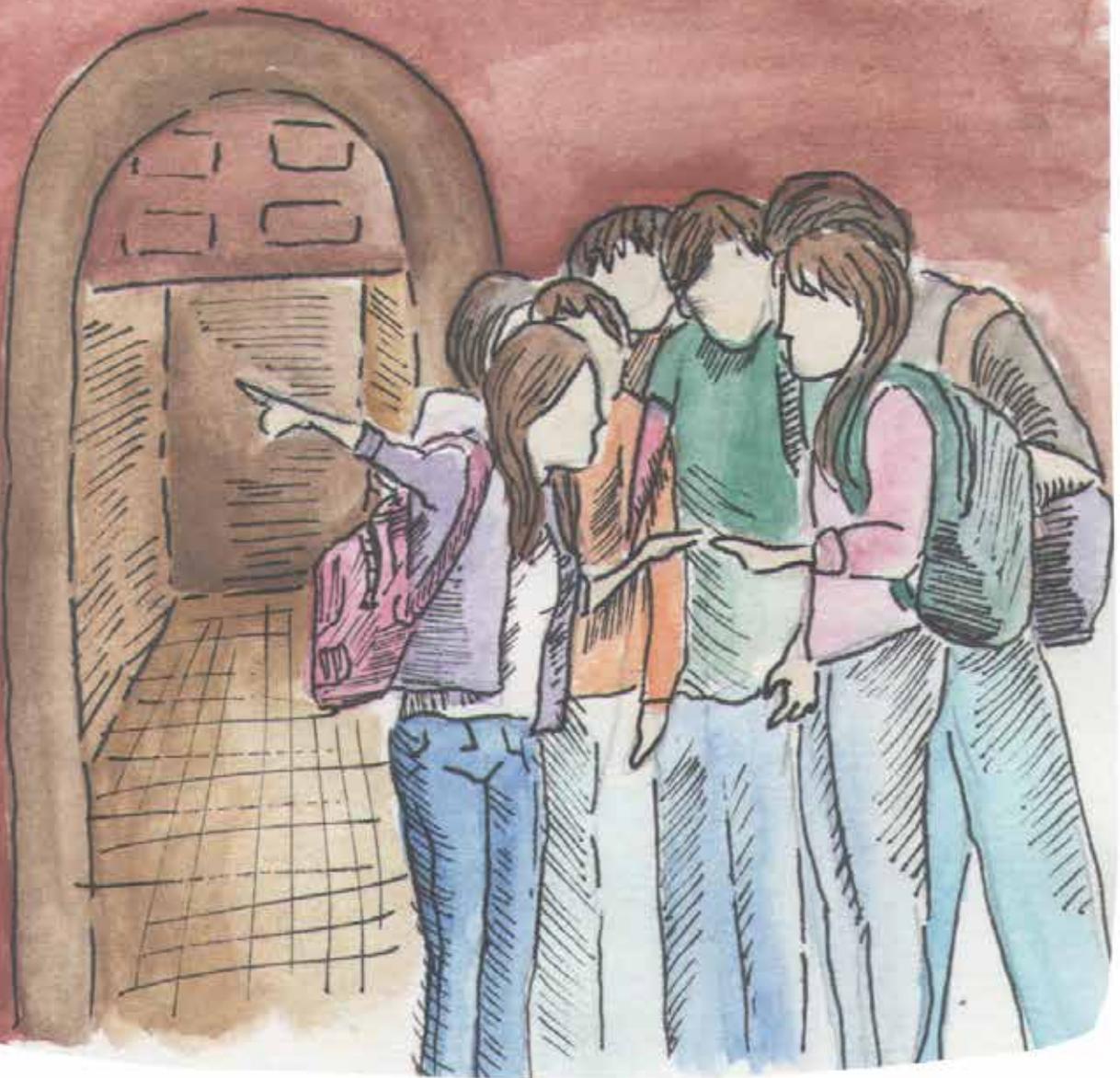
El resto del día transcurrió tranquilo, conocieron los alrededores como cualquier otro turista, sin nada extraordinario. Por la noche, los muchachos tuvieron una cena placentera, y cerraron el día en el hotel con una tranquila convivencia. Pasada la media noche, las chicas se marcharon a su habitación, dejando a los muchachos en su cuarto.

A la mañana siguiente todos se prepararon para ir hacia las barrancas. El más ansioso era Josué, quien esperaba que todo saliera bien, y así, poder aventurarse en la noche. Después de desayunar, los chicos pidieron instrucciones para poder llegar a esa zona. La gente del restaurante los miró con desconfianza: no era común que los turistas, con insistencia, quisieran ir con a ese lugar.

Para los pobladores era común ver los barrancos como zonas peligrosas. Aun así, les dieron las instrucciones para llegar; sólo les preguntaron, con discreción, la razón de su aventura. Los chicos se limitaron a decir que era puro interés turístico, pero los trabajadores quedaron recelosos.

La zona que buscaban estaba bastante lejos del centro. Llegaron al lugar muy cansados por la caminata: dieron un vistazo y encontraron que, así como había partes arriesgadas había otras apropiadas para reunirse y hacer su fogata nocturna. Gibran miró todo el entorno pensativo y concluyó que, después de todo, no era un lugar tan feo. La idea de Josué, al final, se llevaría a cabo.

Hostal 



- Pues yo lo veo bien. No sé qué opinen ustedes

- comentó

- ¿Seguros que podemos venir aquí a tomar y prender una fogata sin que nos digan nada? – preguntó Iván

- Pues esto es tierra libre, no un parque turístico. Además, mientras les demostramos que sabemos armar y apagar correctamente el fuego, seguro que no hay inconveniente – contestó Josué, buscando disipar todas las dudas e inseguridades.

- Oigan, yo sé que no estamos a 10 km de distancia, pero a mí me da pendiente regresar a las dos o tres de la mañana. ¡Piénsenlo! Aquí no hay alumbrado público, es prácticamente andar en el cerro. ¿Y si nos perdemos? Además, quieren tomar, ¿no? Si alguien se cae, ¿qué vamos a hacer?

- ¡Ay! ¿Otra vez tú, Lilia? Deja de preocuparte por tantas cosas, me estás hartando – le dijo Josué, algo irritado.

- Al menos podrías dejar de ser un tonto.

- ¡Basta! Vendremos aquí un rato y regresaremos temprano, ¿de acuerdo? A las 11 de la noche es una hora prudente – dijo Gibran con firmeza.

- ¡Qué! ¿Acaso somos bebitos? – replicó Josué.

- Josué ... ¡Basta! Haremos eso. Ahora vamos de regreso al pueblo y preparemos lo necesario.

- ¡Ay por Dios! ¡Esperen! – gritó aterrada Claudia.

En una de las pendientes de la barranca, un hombre estaba tirado; parecía muerto, pero cuando Claudia gritó y todos se asomaron, comenzó a moverse. Aparentaba unos 30 años y estaba aturdido: tenía heridas y la sangre le corría por la cara y las extremidades.

Los chicos corrieron en busca de alguien que pudiera ayudar al hombre de la barranca, mientras tanto, Gibran y las chicas supervisaron que no se hiciera más daño. Unos minutos después, los chicos regresaron con algunos hombres del pueblo y la esposa del señor. Luego de unas cuidadosas maniobras, lograron sacarlo del barranco; la mujer lo recibió molesta, pero a la vez, aliviada.

- Pero, ¿qué estás haciendo hasta acá? ¿Qué no ibas a estar en la cantina?

- Sí ahí estuve, pero ... no sé ... no sé qué hago aquí. Salí, y yo juraba que caminaba para la casa, pero cuando me di cuenta estaba en los barrancos. ¡Nombre! Lo peor es que, de repente, cuando quise corregir el camino, me vi en la entrada de la casa. Según yo, iba entrando, y que me voy pa bajo. Ya ni me pude mover del dolor y el susto, yo sentí que me moría, mujer. ¡Que me moría!

- ¡Ya ves! Eso te pasa por andar de borracho. Quién sabe qué tanto habrás tomado ayer, que según tú, te perdiste en el camino. ¡Ya vámonos pa la casa!

- Espere, seño. ¿Pero qué no puso atención?

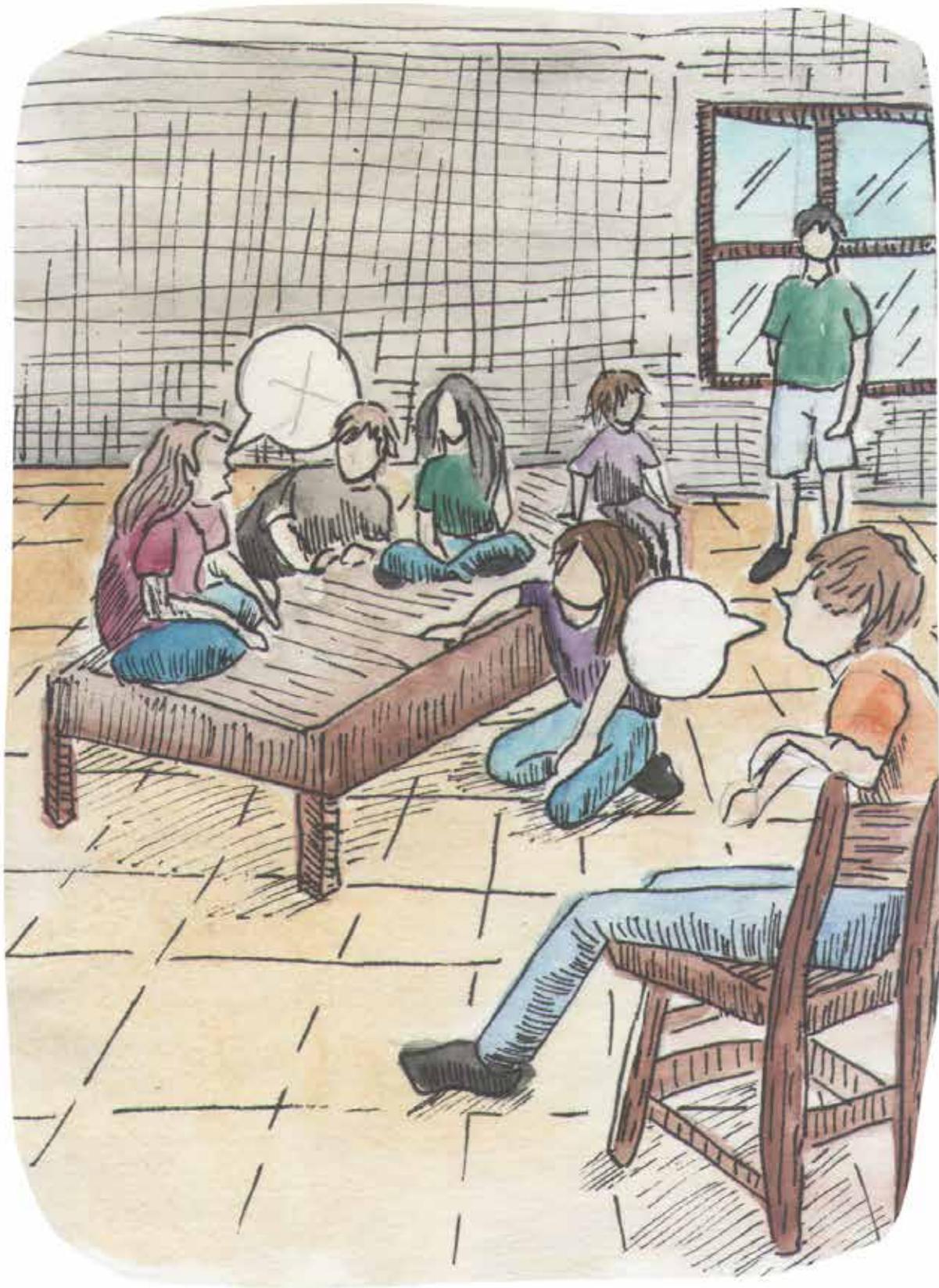
- le comentó uno de los hombres que ayudó a sacar a su marido.

- ¿De qué me está hablando usted?

- Pues del relato de su esposo. ¿No escucho bien todo lo que él dijo? Toda esa confusión que vivió de creer que iba pa un lado, cuando se iba pa otro. ¿No se le hace conocida esa historia?

- Pues ... creo que no. No me diga que usted cree que fue la ...

- La Miringua, sí – le contestó interrumpiéndola



- ¡Ay Dios! Estuvo cerca, entonces. Perdóname por echarte toda la culpa, es que estaba preocupada ¡Pero ten más cuidado, oye! – le dijo a su marido.

- No te preocupes mujer, yo creo que después de este susto, no salgo en un chorro de tiempo.

- ¡Ándele! Tenga cuidado, que para la próxima no la cuenta – comentó nuevamente el hombre para cerrar la conversación.

Todos se marcharon de aquel lugar y se dirigieron al pueblo. Ahí se dispersaron y el grupo de amigos debatió un momento sobre la conveniencia de ir al barranco después de lo que presenciaron. Lilia y Nicolás, los creyentes de cosas sobrenaturales, eran los más asustados temían que la llamada Miringua se los llevara a la pendiente. Josué, al contrario, era el más curioso e interesado en las experiencias sobrenaturales. Él siguió insistiendo en ir allá y ver qué pasaba. Antes del viaje, había averiguado sobre leyendas p'urhé, y quería comprobarlas.

Gibran, como siempre, era el más centrado, pues a pesar de no temer a esas cosas, prefería evitar los problemas. Por otro lado, Brenda, Claudia e Iván eran indiferentes ante la situación y sólo buscaban divertirse de manera segura. Finalmente, todos terminaron cediendo; prepararon sus mochilas y llevaron lo necesario para encender la fogata. Al último, compraron alcohol en una tienda local, y decididos, se dirigieron al lugar.

Después de unas horas de convivencia, los chicos pensaron que era el momento de retirarse, pero antes, Josué habló sobre las cosas que esperaba encontrar y que nunca vio. Entre ellas no estaba la Miringua; a los demás les pareció extraño, pues pensaban que a él, atraído por lo sobrenatural, le interesaba esa experiencia.

- Pensé que querías encontrarte a la Miringua

- le comentó Iván

- ¿Qué? ¿En la Miringua?

- Sí, ya sabes ... la cosa que se llevó al señor anoche.

- Ya, ya sé de qué hablas ... me refiero a que no. No me interesaba encontrarme con eso.

- ¿Por qué no? – preguntó Brenda.

- ¡Ay vamos chicos! ¿De verdad ustedes creyeron eso? Esas son cosas de pueblo, creencias un poco exageradas y sin sentido.

- Pues el que estaba esperando apariciones eras tú. ¿Cuál es la diferencia con eso? – preguntó molesto Nicolas.

- Pues que de esas leyendas se habla en todo el país. Es como los fantasmas, en todo el mundo hay testimonios e historias de ellos. Obviamente, cosas tan repetidas a través de muchos lugares, deben tener algo de cierto, ¿no? En cambio, eso de la Miringua, en mi vida lo había oído, eso es algo que sólo dicen aquí. Ha de ser algo que usan los borrachos para justificarse.

- Creo que estás siendo irrespetuoso con las creencias de la gente del pueblo – le señaló Claudia algo indignada.

- ¡Claro que no! Pero tampoco creo en cualquier cosa. Hasta para eso hay que tener un poco de sentido común.

- ¡Vaya! Creo que a alguien se le pasaron las copas y se está poniendo arrogante. Lo mejor es que empecemos a levantar y retirarnos al hotel.

- ¡Ay! Hagan lo que quieran, la verdad no me importa.



Los chicos comenzaron a prepararse para la partida. Guardaron sus cosas y sacaron unas linternas para poder alumbrar el camino. Apagaron la fogata y a caminaron de regreso. Sus ojos aún no se acostumbraban al negro intenso de la noche, por lo que no podían distinguir nada sin las lámparas. Josué caminaba con torpeza, debido a su pequeño estado de borrachera: era el único que se había sobrepasado.

Para regresar a salvo y no perderse, los amigos se tomaron del brazo y las mochilas, pero Josué, por un momento, soltó a Brenda y no pudo alcanzarla de nuevo. Iluminándose y manteniéndose lo más lúcido que pudo, comenzó a buscar a sus amigos, pero no tuvo suerte. Brenda tardó en notar la ausencia de la mano que la sujetaba.

Mientras tanto, Josué comenzó a sentirse confundido. Era una sensación extraña que no había experimentado antes: estaba mareado y no podía recordar las últimas horas. De pronto, sintió que alguien lo jalaba del hombro y se congeló de miedo. Impulsivamente, intentó correr por el sendero que habían tomado sus amigos. El chico pensaba que esa era la dirección correcta, incluso llegó a ver cada vez más cerca el pueblo.

- Pero, ¿cómo es que he llegado antes que ellos? – pensó confundido

Josué llegó la entrada del pueblo, aún con aquella sensación extraña. Otro jalón al hombro clarificó sus sentidos, y notó, que aún estaba en el barranco. De nuevo, intento correr, pero su desorientación lo impedía. Cuando logró llegar al pueblo, a la calle del hotel, estaba convencido que esta vez, era real lo que veía.

El muchacho caminó a la puerta del lugar,

pero al dar el último paso, perdió el suelo. En realidad, estaba cayendo por una de las pendientes rocosas del barranco. Con los duros golpes volvió en sí y salió corriendo, totalmente desubicado.

Mientras corría seguía tropezando con las piedras y lastimándose con plantas espinosas. Sus ropas sucias y rasgadas estaban repletas de sangre. El muchacho sintió un terror infernal que lo hizo llorar desesperado. Cerca de ahí, entre las rocas más grandes, logró ver una pequeña cueva en la que se refugió. La tranquilidad no duró mucho. El chico sintió una presencia detrás que inmediatamente, lo tomó por el cuello y comenzó a estrangularlo. Josué, desesperado, luchó contra ello.

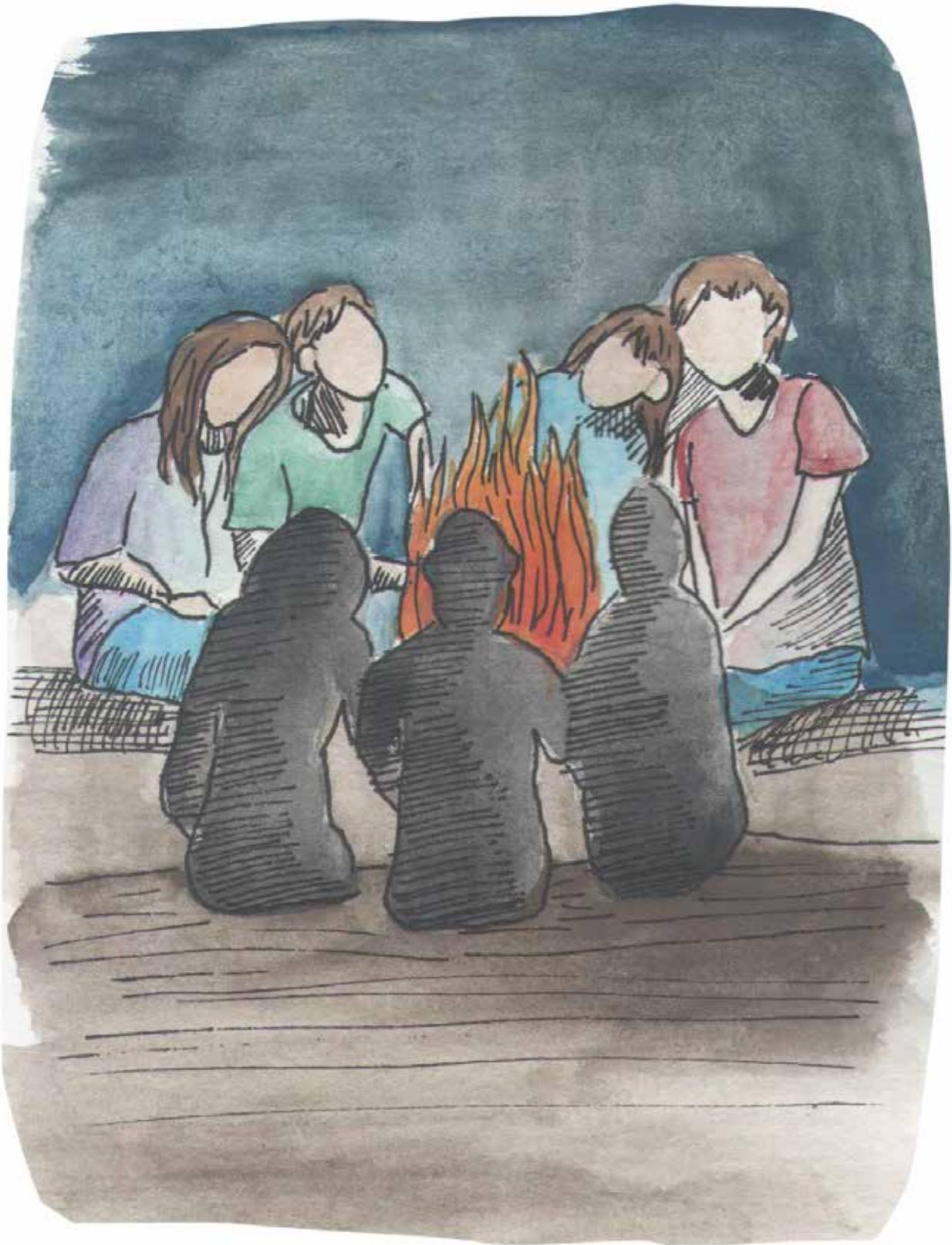
Mientras tanto, los amigos de Josué estaban buscándolo por toda la zona, apoyándose con sus linternas. Ellos tampoco sabían qué hacer, llevaban más de una hora caminando y aun no encontraban señales de su paradero. Los gritos de búsqueda se amplificaban en el barranco sin recibir respuesta. La peor parte vino cuando la Miringua comenzó a acecharlos también a ellos.

- ¡Josué! ¿Dónde estás? ... ¡Aaaay! ¡Auxilio! ¿Dónde están? ¡Por favor alguien deme la mano! – algo había intentado jalar a Lilia en un puente que estaba ahí.

- ¿Qué pasa? ¿Dónde estás Lilia? – le gritó Gibran. En la oscuridad se encontraron mediante las voces, y de nuevo, se tomaron de la mano. Lilia se lanzó sobre Gibran envuelta en lágrimas, suplicando por salir de ahí.

- Tranquila, ya pasó. Seguro sólo fue una alucinación, no te preocupes.

- ¿Cómo va a ser una alucinación? ¡Se sintió tan real como tú tocándome ahorita! No estoy inventando nada. ¡De verdad lo sentí!



- Tengamos cuidado entonces. ¡Todos júntense lo más que puedan! ¡No quiero que nadie se suelte de los otros!

- Nos falta Brenda – comentó Nicolás.

- ¡Qué! No, no puede ser. ¡Búsquenla! ¡Alumbren todo lo que puedan!

- ¡Ahí está! – gritó Claudia mientras jaloneaba al resto para avanzar juntos.

La joven estaba caminando como hipnotizada, avanzaba con una extraña seguridad, hacia la parte más peligrosa de las. La joven tropezó casi al borde, pero fue alcanzada por la mano de Nicolás, quien evitó que cayera.

- ¿Qué rayos estabas haciendo? – le preguntó inmediatamente.

- ¿Qué? Yo ... no sé ... estaba por entrar al hotel.
- ¿Cuál hotel? ¿Ya viste lo que hay ahí adelante? Nicolás iluminó hacia el frente, mostrándole el precipicio al que estaba a punto de caer. La muchacha, sorprendida y temerosa, no terminaba de entender lo que pasaba.

- Pero ... ¡El hotel estaba aquí! Yo lo estaba viendo. Sentí que estaba enfrente de él. No lo entiendo.

De pronto, en el lugar estalló un silbido. Iván volteó y percibió una sombra que lo llamaba, una vez más, hacia las pendientes. Extrañamente, el joven no sintió miedo y comenzó a acercarse sin sospecha. Al igual que Josué y Brenda, comenzó a tener visiones en las que caminaba en otro lado, por las calles del pueblo. De repente, una mano en su hombro lo sacudió: Iván volteó sobresaltado y vio que Claudia, angustiada, lo guiaba de vuelta con los demás.

- Chicos, esto ya no me está gustando. Yo sé que siempre decimos que Lilia y Nicolas exageran,

pero esta vez hay que pensar como ellos. Hay algo desconocido aquí que quiere hacernos daño. Tenemos que irnos, esto no es seguro.

- ¡Pero Gibran! ¿Qué pasará con Josué? – le dijo Claudia preocupada.

- ¡No sé! ¡No sé, Claudia! Pero quedarnos aquí nos puede costar la vida. Tenemos que ir por ayuda, quizá entre más seamos, menos nos atacará esta cosa extraña.

- ¿Y si rezamos mientras buscamos a Josué? Dicen que este tipo de cosas se contrarrestan rezando – sugirió Iván.

- Es una opción si ustedes quieren. También podemos ir al pueblo por algunos amuletos religiosos, para usarlos como ayuda – les sugirió animada Brenda.

- Son las dos de la madrugada, dudo mucho que haya alguien – le contestó Nicolás.

- No perdemos nada intentando. Vamos. Todos de la mano y recen lo que sepan. ¿De acuerdo? – exclamó Gibran.

Los amigos volvieron con éxito al pueblo, sin embargo, una vez ahí, decidieron que era mejor esperar a que amaneciera para volver de manera segura; además, con la luz del día sería más fácil buscar a su amigo. Los jóvenes regresaron a las habitaciones del hotel. Brenda, Nicolás e Iván cayeron rendidos por el sueño, mientras, Claudia y Gibran no pudieron pegar ojo por la angustia de encontrar a Josué.

Cuando los primeros rayos del sol alumbraron el pueblo, ambos despertaron al resto y salieron apresurados hacia las barrancas. Josué, por su parte, había estado en vela toda la noche. Había conseguido pasar las últimas horas de oscuridad con relativa tranquilidad. Tan pronto como vio los primeros rayos de



sol, se levantó y salió de su escondite; luego de identificar el lugar donde estaba, comenzó a caminar libre de confusiones y alucinaciones.

Aproximadamente a la mitad del camino, el grupo de amigos se encontró con él, haciendo que todos suspiraran de alivio.

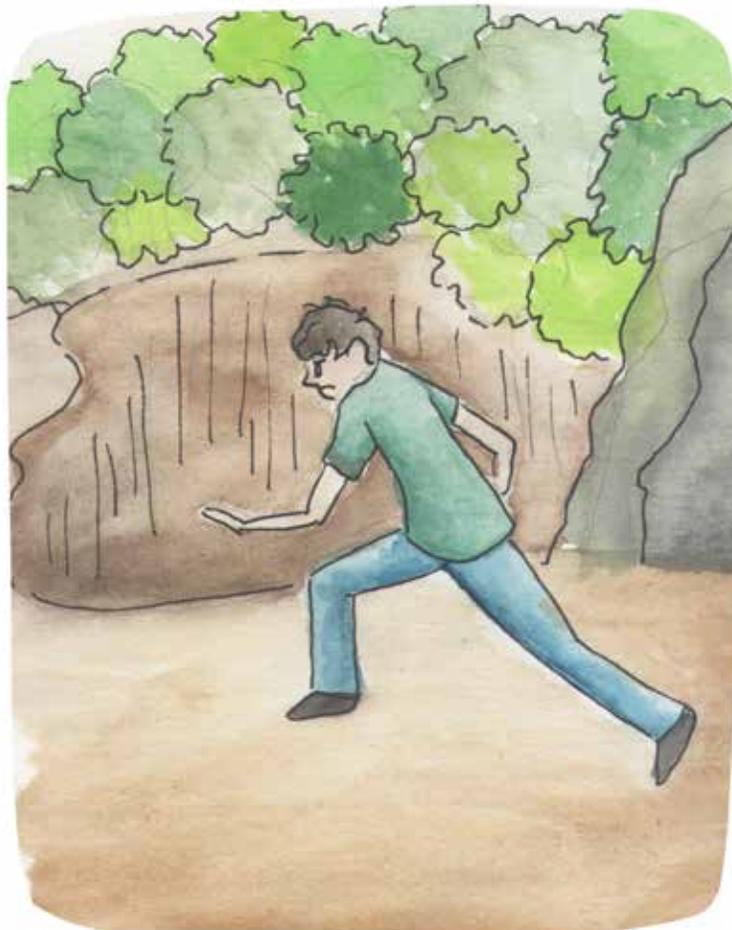
- Pero, ¿qué te pasó en el cuello, Josué? – le preguntó preocupada Claudia, tras ver que tenía unas marcas rojas de estrangulamiento en el cuello.

- Digamos que le debo una disculpa a la gente de este lugar por subestimar a la Miringua. Sí, quiso ahorcarme. Esta ha sido la experiencia más horrible que he vivido.

- Nosotros también tuvimos un encuentro con ella. ¿Cómo te librate? – le preguntó Lilia.

- Pues, ya saben lo que dicen: nadie cree en Dios hasta que está en riesgo su vida. Unas cuantas oraciones y se alejó de mí el resto de la noche. Como sea, quiero evitar el trauma. Que les parece si vamos a disfrutar del resto del viaje haciendo cosas normales ... ¡Ah! Y si se puede ... un abrazo, por favor.

Los amigos rieron con alivio y se abrazaron cálidamente; luego caminaron con Josué de vuelta al hotel. Era hora de curar sus heridas, internas y externas, para seguir con un día más del viaje.





Amor impuesto

A las dos de la mañana, Janitzio dormía tranquilamente, hasta que el ruido de un cristal rompiéndose terminó con el silencio. Hilda, la madre de Janitzio, despertó abruptamente tras el sonido; encendió la lámpara de noche y aguzó el oído, intentando averiguar qué estaba pasando. Espantada, escuchó sonidos en la cocina, como si alguien estuviera buscando algo.

- ¡Rufino! ¡Rufino! ¡Despierta, hombre! Hay alguien en la casa – le dijo angustiada a su marido.

- ¿Eh? ¿Qué dices?

- ¡Qué hay alguien en la casa!

Rufino, el padre, se quedó en silencio para escuchar. Pronto, percibió los mismos ruidos.

- ¡Es verdad! Quédate aquí, cariño. Iré a ver.

- No, yo voy contigo. Iré detrás de ti, por cualquier cosa.

- Bueno, nada más que no te traicionen los nervios.

Ambos se pararon de la cama y bajaron lentamente por las escaleras. Don Rufino

llevaba listo un palo de madera para atacar al intruso. Cuando llegaron abajo, prendieron la luz rápidamente, pero sólo encontraron a un gato pardo que hurgaba en sus cosas. El animal parecía astuto, pero el padre de Janitzio lo hecho a escobazos y escapó maullando con algo en la boca.

- ¡Se lleva algo! – gritó Doña Hilda

- Espero que no sea importante – le contestó Don Rufino mientras seguía al gato con una lámpara. – No, es una cuchara.

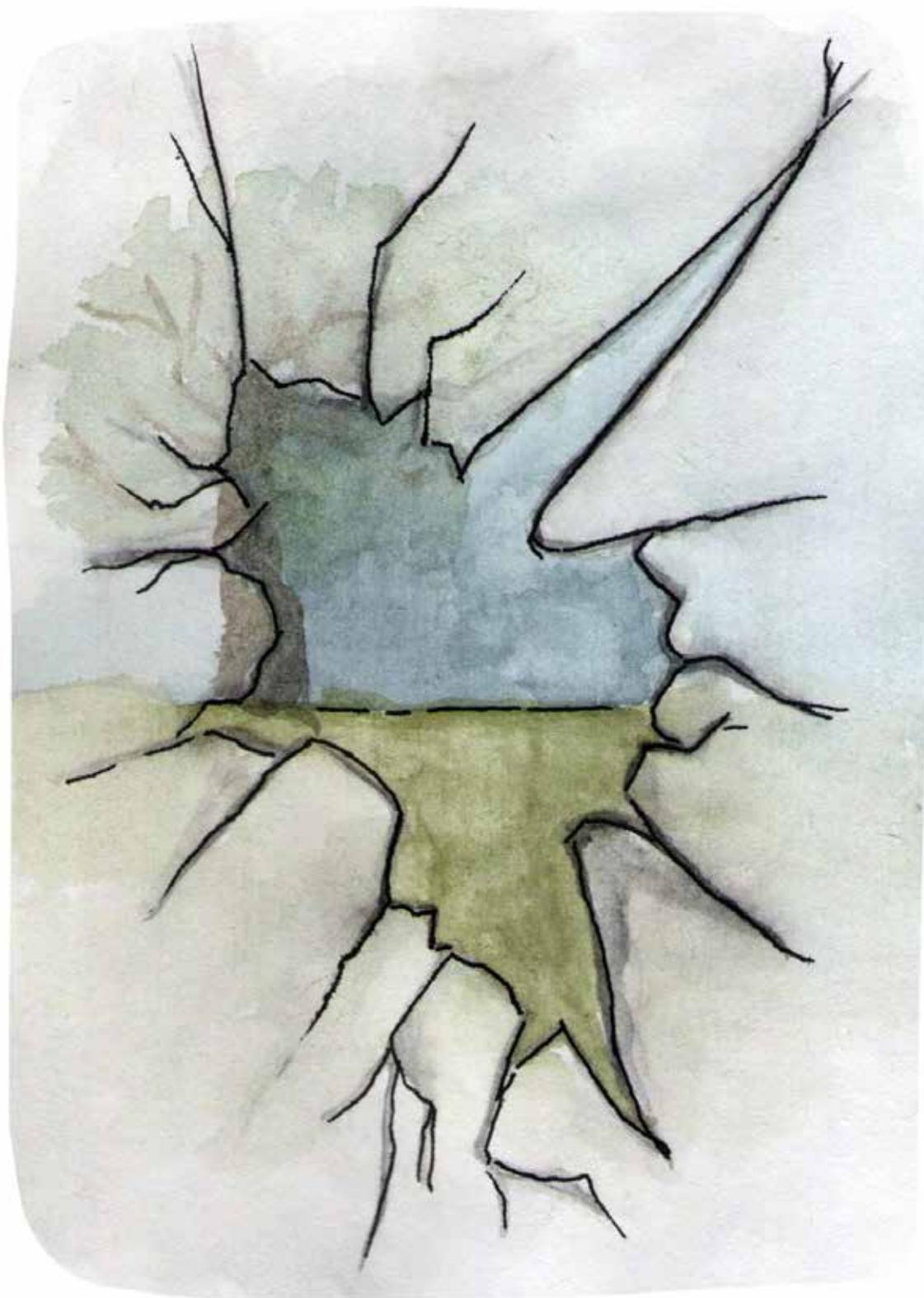
- ¡Qué extraño! ¿Para qué se llevaría un gato una cuchara?

- Lo más probable es que no haya sido un gato ...

- ¿Qué?

- Mañana vemos, no hay que asustarnos de gratis. Hay que ir a dormir.

Los dos regresaron a la cama para reconciliar el sueño. A la mañana siguiente, Janitzio, el hijo joven de la pareja, se levantó temprano a desayunar. El chico tenía 17 años, era bien parecido y tenía una personalidad agradable. A todas las personas que lo conocían, les caía bien.



Como sus padres aún no se levantaban, decidió tocar la puerta. Ambos salieron somnolientos de la habitación, y apurados por el retraso, olvidaron el incidente del gato, hasta que, Janitzio, lanzó una pregunta.

- ¿Escucharon los ruidos de anoche?

- Ah sí ¡y cómo no! Yo me desperté lueguito. Ya después, entre tu padre y yo bajamos a ver qué pasaba.

- ¿Se metió alguien a la casa? - preguntó alarmado Janitzio

- Sí. ¡Pero no una persona, eh! Era un gato. Andaba hurgando ahí, en las cosas, hasta se llevó una cuchara del fregadero.

- Qué raro.

- Sí, tu padre dijo que tal vez no era un gato. Ahora que lo pienso creo que quiso decir que era una bruja.

- ¡Ay ma! ¿Cómo cree? Está bien que aquí en Cherán haya harta brujería, pero, ¿a nosotros por qué nos iría a tocar?

- Uno nunca sabe, hijo. Capaz que un día vimos mal a una o uno de ellos sin querer y ya nos traen mala fe.

- Pues ojalá no, ma.

- Ojalá

Janitzio terminó su desayuno y se despidió de su madre con un beso. Después, salió rumbo a la plaza para encontrarse con Ileri, su novia. Era una joven bastante linda. Los padres de ambos aprobaban felices la relación, y además, estaban ansiosos por consumir el matrimonio. Su relación funcionaba muy bien, y todos los problemas que tenían, los resolvían fácilmente.

En la plaza, los jóvenes conversaban tranquilamente, cuando Yuriria, una chica de la misma edad y con quien asistían a la escuela, se acercó amablemente.

- Hola, Janitzio. ¿Cómo estás? - le saludó, ignorando a Ileri

- Bien, gracias. ¿Y tú? ¿Qué andas haciendo por acá?

- Pues ya ves, vengo a hacerle un encargo a mi mamá, pero quería pedirte ayuda.

- Ah, ¡claro! ¿Para qué?

- Es que me faltan 10 pesos para completar las compras. Mi mamá creyó que sería menos dinero, y yo no me traje nada. ¿No tendrás que me prestes?

- Sí, déjame buscar.

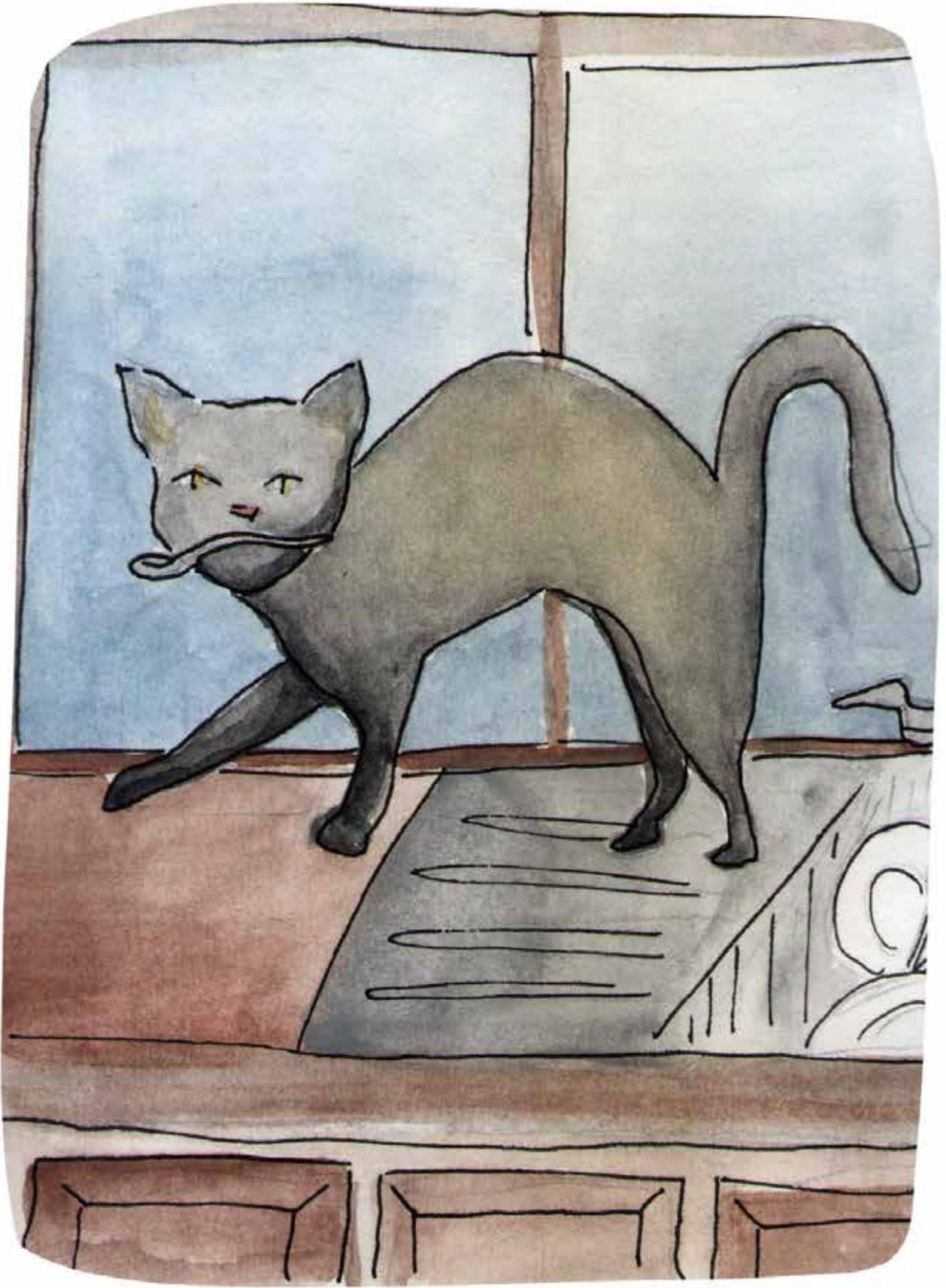
- Yo tengo. Ten - le contestó Ileri estirándole una moneda a la chica.

- No, gracias. Prefiero que él me lo preste para que se lo pague directamente - le contestó secamente Yuriria.

- Ah, no te preocupes. Igual podías pagarle después a ella. Pero mira, aquí tienes.

- Prefiero que tú me lo prestes. ¡Gracias, Janitzio!

La chica se retiró contenta y con prisa, y Janitzio, retomó la conversación con normalidad, sin embargo, Ileri parecía molesta. Y no era para menos, el chico tenía fama con las muchachas; muchas sentían atracción por él y esperaban que las volteara a ver algún día. Yuriria, por ejemplo, estaba enamorada de Janitzio desde los 15 años.



- Nunca te dejarán en paz, ¿verdad?

- Tú tranquila. Por más que me busquen la única que me interesa eres tú – le respondió con seguridad.

Conmovida por la respuesta, Ileri sonrió. Ambos se abrazaron cariñosamente, y después, partieron del lugar. Por otro parte, los fenómenos extraños en casa de Janitzio no dejaban de ocurrir. Esa noche, dos tecolotes se posaron en el árbol fuera de su casa. Parecían guardias del hogar, pendientes de cualquier intruso.

Las aves, a diferencia del gato, no alarmaron a la familia, después de todo, no era la primera vez que había tecolotes cerca. Por la mañana, parecía que los animales habían dejado un regalo; debajo de la ventana de Janitzio había un pequeño ramo de flores, él lo tomó y decidió meterlo a su casa. Su padre, en cambio, se acercó mirando con sospecha.

- ¿De dónde salieron esas flores, hijo?

- Estaban afuera de la casa, bajo el árbol.

- ¿Dónde anoche estaban los tecolotes? ¿Justo bajo tu ventana?

- Si, ¿por qué? No entiendo, ¿pasa algo?

- Tira eso, hijo. ¡Ahora!

- Pero, son muy bellas, papá.

-Puede ser, pero esas flores son malas. Hazme caso, confía en tu padre.

- Esta bien – contestó Janitzio con mirada extrañada.

Pero el joven no siguió las indicaciones de su padre. Apenas se dio la vuelta Don Rufino, su hijo tomó las flores, y sigilosamente, las metió a su cuarto. Ahí las colocó en un vaso con agua

para conservarlas más tiempo. Durante una semana, los tecolotes siguieron apareciendo, y cada noche, dejaban cosas que llamaban la atención de Janitzio, que se apresuraba a recogerlas antes que su padre se diera cuenta.

Sin embargo, su padre comenzó a sospechar que algo malo ocurría. La presencia de los tecolotes no le parecía normal, sobre todo, porque siempre llegaban al mismo lugar: el árbol que daba a la ventana del cuarto de su hijo.

En los días siguientes, Janitzio comenzó a sentirse extraño: no quería salir de casa y cuando Ileri insistía en verlo, él se negaba. Él mismo pensó que sufría alguna clase de tristeza provocada por la edad, sus problemas y las preocupaciones del momento. Semana tras semana, su cercanía con Ileri se fue destruyendo y descubrió que no estaba triste con su forma de vida, sino, sólo con su relación. ¿Sería que estaba cansado de ella? Las salidas se habían vuelto tensas y agobiantes; la distancia e indiferencia eran más evidentes cada, y a Ileri, se le rompía el corazón porque sus esfuerzos eran improductivos.

- ¿Qué ocurre, Janitzio?

- Nada – contestó secamente el joven.

- Dime la verdad. Hace casi dos meses que estamos teniendo problemas que nunca antes habíamos pasado. Te siento lejano, sin interés y hasta grosero cuando hablas conmigo.

Janitzio calló, intentaba decir algo, pero las palabras no salían de su boca. Sabía perfectamente qué era lo que pasaba, pero no se atrevía confesarlo. De pronto, soltó un suspiro profundo y dijo:

- Yo ...yo ...

- Ya no quieres estar conmigo, ¿verdad?



- No ... ¡Digo sí! No sé. No sé qué pasa. A veces siento que no quiero estar contigo, pero en realidad, sí quiero. Es raro, siento como si estuviera enamorado de alguien más, pero no hay nadie.

- Entiendo.

- Lo siento. Quizá debamos separarnos un rato. Quisiera saber qué pasa, y necesito tiempo.

Ireri se levantó molesta y al borde del llanto, conteniendo el enojo y la tristeza, sin descargarse con Janitzio. La chica se despidió secamente y caminó directo a su casa. No se atrevió a voltear, pero de pronto, una persona pasó corriendo junto a ella, tan cerca que la empujó. Ireri percibió un rostro conocido, se trataba de Yuriria, la enamorada de Janitzio, quien ahora, se aproximaba rápidamente hacia él con seguridad y alegría. Apenas llegó a su encuentro, la chica se lanzó para darle un cariñoso abrazo.

Janitzio lo recibió confundido, pero al primer contacto con su cuerpo, sintió algo inexplicable. Los ojos de ambos se encontraron y Janitzio la vio hermosa, como nunca antes.

- ¿Yuriria? Pero ... ¿si eres tú verdad?

- ¿Por qué no sería yo, Janitzio? Dices cosas muy raras – le respondió la chica con un tono coqueto.

- Es que te ves ... diferente. ¿Te hiciste algo?

- No ... soy la misma de siempre – dijo riendo.

- Bueno, pues luces muy hermosa. Perdón que te lo diga.

- No, cómo crees. Muchas gracias, Janitzio.

- ¿Quieres ir a comer algo? ¿Un helado?

- Sí, claro – respondió con una sonrisa nerviosa pero eufórica.

Mientras una lágrima le escurría por el rostro, Ireri miró cómo ambos se alejaban; se secó con el dorso de la mano y respiró profundamente para irse. En la esquina de la calle se topó de frente con Doña Hilda, la madre de Janitzio.

- ¿Qué pasa, Ireri? ¿Por qué lloras? ¿Y Janitzio?

- Está allá – le dijo Ireri mientras señalaba al chico.

- ¿Quién es ella? ¿Por qué no está contigo?

- No sé, señora. No sé. ¿Le importa si evitamos hablar de eso? Me siento mal, debo ir a casa.

- De acuerdo.

La joven se fue rápidamente evitando la conversación. Doña Hilda quedó preocupada mirando a su hijo a lo lejos. Después de unos minutos fue a casa. Ya en la noche, interrogó a Janitzio, pero el joven sólo aseguró haber perdido el interés en ella, y además, que Yuriria era a quien había esperado. Naturalmente, a sus padres, eso les pareció absurdo. Don Rufino ahora estaba totalmente convencido de consultar a una experta en brujería, pues creía que a su hijo lo estaban embrujando.

Al día siguiente, sus padres se dirigieron a buscar a una amiga muy cercana. No era secreto que Doña Clotilde practicaba la brujería y que tenía extensos conocimientos al respecto. Muchas personas acudían a ella cuando tenían males incurables o experimentaban fenómenos sospechosos. La señora, decían, era una bruja blanca, por lo que no era maliciosa, sino que ayudaba a las víctimas de brujería negra. Fue así que



los padres de Janitzio llegaron a su casa, dispuestos a pedir ayuda.

- Adelante, mis buenos amigos. ¿Cómo están? Pasen.

Los señores se sentaron a la mesa junto a su amiga, y esperaron a que Clotilde abriera la conversación.

- ¿Qué es lo que pasa? ¿En qué puedo ayudarles?

- Ay, pues la verdad no sé cómo decir esto. Verás, sospechamos que a nuestro hijo lo están embrujando.

- Sí, alguna muchachita loca que se le anda queriendo colgar a mi muchacho cuando él ya tiene a su novia – agregó Rufino.

- ¿Cómo descubrieron eso?

- Pues la verdad, aún son sospechas, pero aquí Rufino está prácticamente seguro.

- Yo empecé a darme cuenta desde que vimos a un gato invadiendo nuestra casa. Estaba hurgando entre las cosas de la cocina y hasta se robó una cuchara. Eso no me pareció nada normal.

- ¿El animal actuaba como lo haría una persona? ¿Parecía que pensaba?

- Pus yo diría que sí, se robó una cuchara. La tomó de los trastes sucios que dejamos en la noche y podría apostar que era la cuchara con la que comió mi hijo. Además, esto no sé si lo sepa Hilda, pero al gato yo lo escuché más de una noche, y siempre era el mismo gato de la primera vez.

- Está bien. ¿Algún otro fenómeno raro?

- ¡Los tecolotes! – se adelantó Doña Hilda.

- ¡Ah sí! Afuera de nuestra casa, unos tecolotes se han parado en el árbol desde hace como dos meses. Yo los he oído bien diferentes a los otros, como que suenan más grave y todo el tiempo parece que platican. Además, siempre están parados junto a la ventana de mi hijo.

- No hay duda, todo eso es signo de brujería, sobre todo las transformaciones. Podría apostar a que más de una bruja está haciendo el trabajo. Por eso los dos tecolotes y el gato.

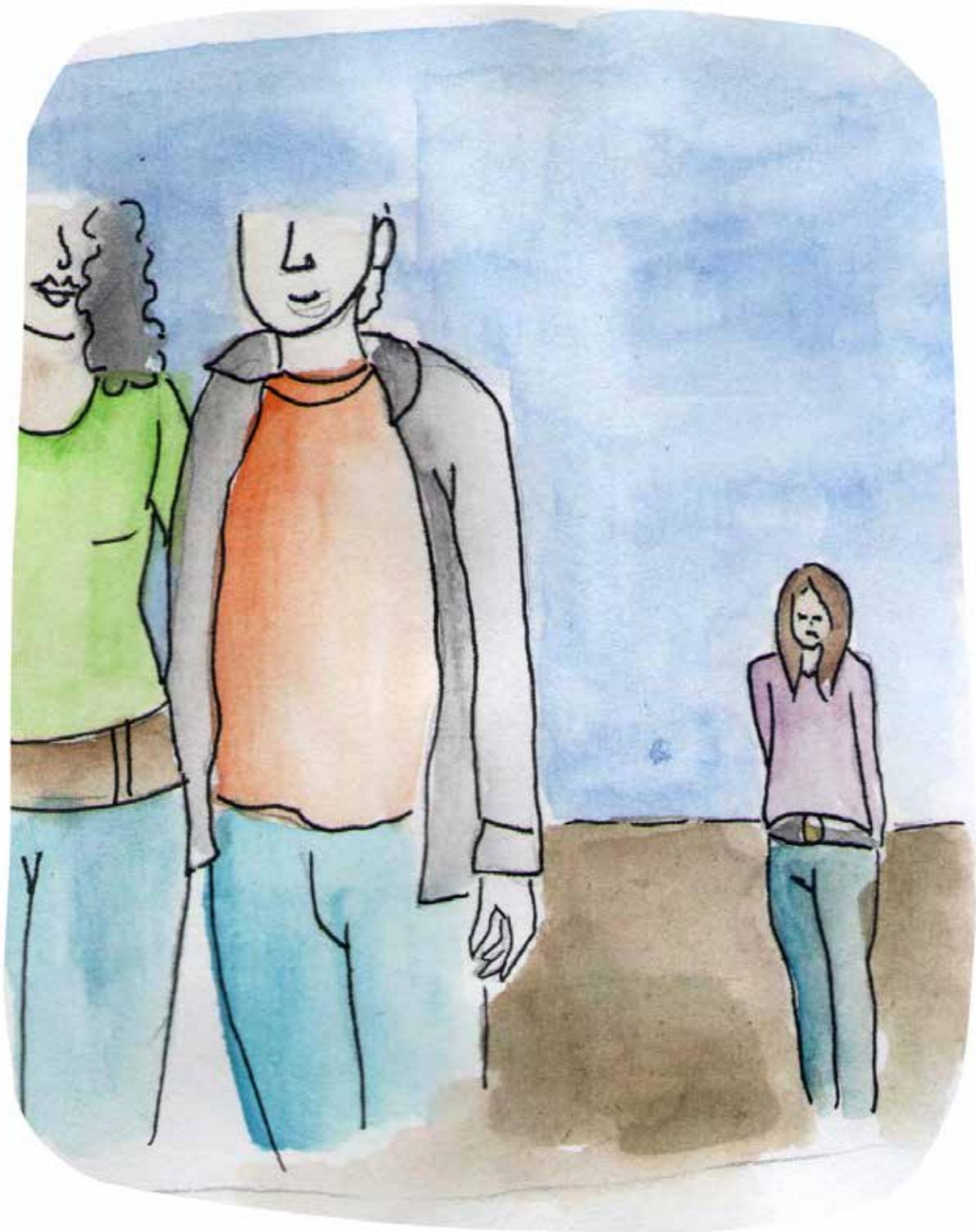
- ¿Y qué hacemos?

- Pongan mucha atención. Para descubrir a la bruja que está tras el gato, tendrán que atraparlo. Una vez que lo hagan, van a tomarlo por la cola y lo ahumarán con humo de leña de encino; entonces hablará y contestará las preguntas que le hagan. Así podrán saber quién es la responsable y qué es lo que trama exactamente. Ahora, sobre los tecolotes la medida es un poco más ... incómoda.

- ¿A qué te refieres? – preguntó extrañado Don Rufino.

- Para ahuyentarlos, alguno tendrá que salir desnudo, únicamente cubierto con una bata. Cuando esté frente a los tecolotes, la abrirá y dejará que lo vean así, desnudo. Inmediatamente caerán del árbol con su forma humana y podrán atraparlas.

- ¡Ay, pero qué cosas estás diciendo! No nos estés haciendo una broma, comadre – le señaló Doña Hilda.



- Nada de eso, ya saben que mi labor es ayudar.

- Está bien. Confiamos en ti.

Ambos señores se despidieron de su amiga y se dirigieron a su hogar, dispuestos a enfrentar a las brujas. Su hijo estaba en su habitación, preparando un regalo para Yuriria. Aquella noche, no tardaron mucho tiempo en aparecer los tecolotes, así que, en cuanto la madre de Janitzio los vio llegar, decidió salir a enfrentarlos. No salió desnuda, como se lo habían indicado, sino dispuesta a lograr que los animales le respondieran con palabras. Se plantó bajo el árbol, donde los animales pudieran verla y les dijo:

- ¿Quiénes son? ¿Por qué están acechando a mi hijo?

- Doña Hilda, por fin nos saluda. Estamos aquí, porque estamos enamoradas de su hijo, no podemos dejar que se comprometa con otra.

- ¿Cómo? ¿Son más de una? ¿Todas están enamoradas de él?

- Tres, Doña Hilda. Y sí, todas estamos locas por él. Nos turnaremos para compartirlo, y al final, nos casaremos todas con él. No nos importa compartir.

- ¡Debe ser una broma! ¡Pero qué tonterías están diciendo, chamacas! ¡Están locas! No dejaré que mi hijo sea su víctima, ya lo verán, voy a detenerlas.

La madre de Janitzio entró asustada a la casa; le contó todo a su esposo y ambos armaron un plan para que las brujas no volvieran a deambular por ahí. Primero esperarían a que el gato apareciera, y después de descubrirlo a él, irían tras los tecolotes. Don Rufino fue quien decidió desnudarse y llevar únicamente una bata, mientras su esposa preparaba la leña de encino. A las 12 de la noche, escucharon un ruido en la cocina. La pareja

se apresuró a bajar, siendo cuidadosos de no alertar a nadie.

Don Rufino encendió la luz mientras bloqueaba la salida rápidamente para que su mujer atrapara al animal. La bruja quedó atrapada, pues Doña Hilda la tomó por la cola cuidándose de los arañazos. Su esposo le acercó el bracero con la leña y pusieron al gato en el humo para debilitar la magia. El hombre, molesto, comenzó a interrogarla.

- ¿Quién eres tú? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué buscas? ¡Habla!

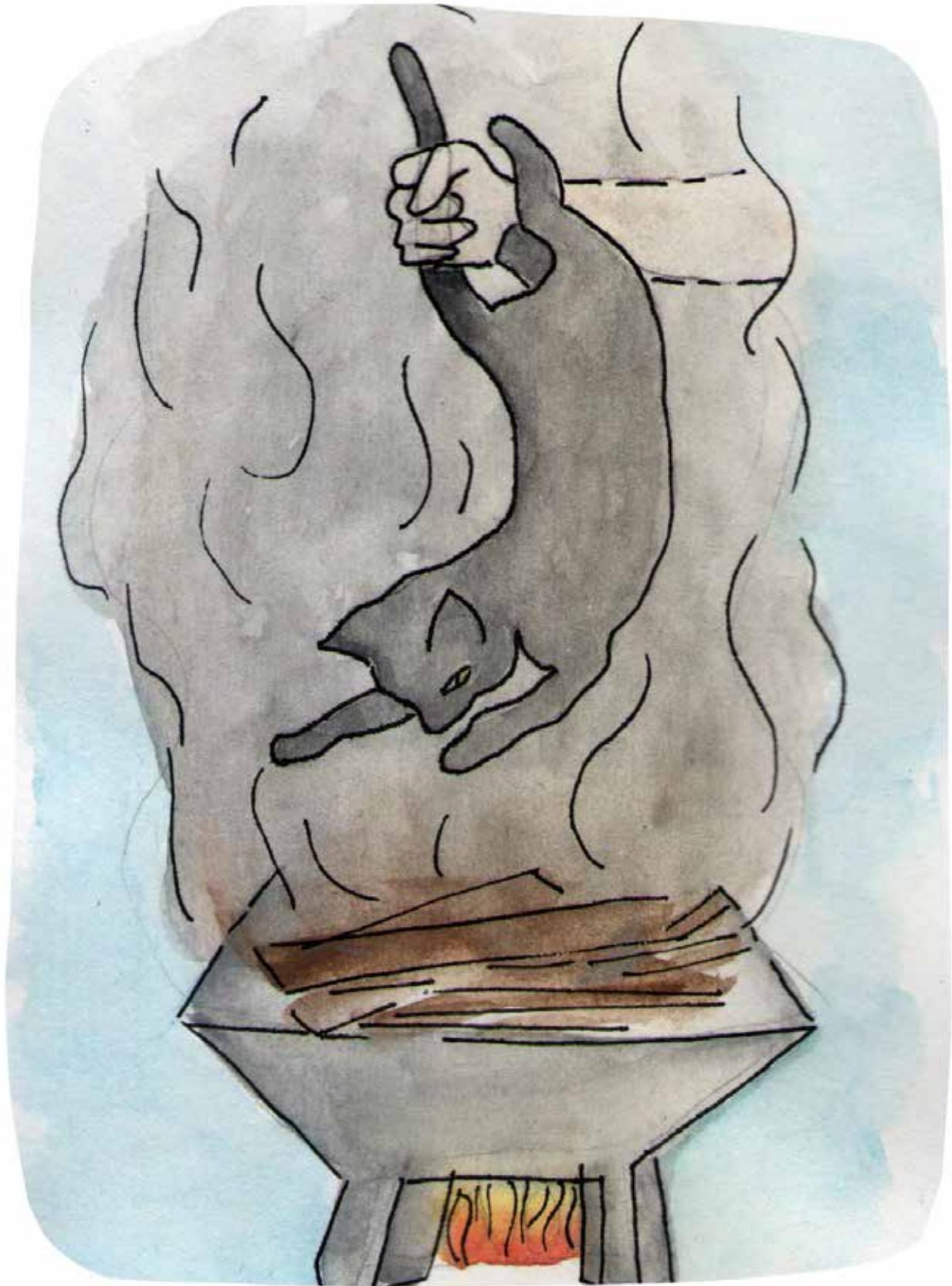
- Soy Yuriria, estoy aquí para conseguir el amor de su hijo al precio que sea necesario.

- Pues se acabó este chistecito. No quiero volver a verte por aquí o voy a matarte. ¿Me oíste? ¡Te mataré! Suéltala ya, Hilda.

Su esposa soltó al gato, y cuando cayó al suelo, se esfumó convirtiéndose en humo. Inmediatamente, Rufino salió corriendo hacia el árbol para interceptar a las otras brujas. Afortunadamente, los tecolotes no habían abandonado su guardia a pesar del fracaso de su amiga. Cuando el señor llegó, abrió su bata rápidamente.

Las aves hicieron un extraño sonido mientras caían aparentemente desmayadas. Apenas tocaron el suelo, Don Rufino notó a dos jovencitas que tenían unas alas hechas de petate. Las chicas salieron corriendo, pero para los padres, fue fácil identificar su rostro. Ambas, al igual que Yuriria, habían sido compañeras de Janitzio en escuela; Erandi y Tanitzi eran sus nombres. Después de eso, los padres se acostaron aliviados y contentos.

Al día siguiente, esperaron ver un cambio en su hijo y recuperar al mismo de antes. Pero



por alguna razón, Janitzio aún parecía estar enamorado de Yuriria y peor aún, decía que se iría de su casa para buscarla y vivir con ella. Los padres estaban angustiados. ¿Habrían hecho algo mal? En cuanto pudieron, salieron corriendo con Clotilde para encontrar respuestas a ese aparente fracaso. Terminando todo su relato, la bruja blanca se quedó pensando cuál podía ser la razón.

- Parece que no se deshicieron del hechizo, sólo de las presencias que rondaban la casa.

- ¿Y entonces? ¿Ahora qué?

- El problema es que no pueden saber cómo hicieron la brujería, a menos que encuentren el lugar donde lo hacen.

- ¿No hay otro modo?

- Sí. Tendría que llamarlas a pelea. Eso se usa cuando la gente no se cura de una enfermedad después del tratamiento, pero creo que puedo usarlo aquí también. Esta brujería ya es como una enfermedad.

- ¿Pelea? – preguntaron ambos padres.

- Sí. Síganme. Necesito ir a la casa vacía que hay más adelante, hay que arreglar esto bien rápido.

Rufino e Hilda siguieron a Clotilde hasta el lugar, sin embargo, ella no los dejó pasar, necesitaba que esperaran afuera para que la bruja mala no desviara la atención de ella. Lo único que podían hacer era asomarse por las ventanas; apenas los dejó, los dos padres fueron a ver qué ocurría.

Adentro sólo estaba Clotilde golpeando las paredes con un palo. Ambos dudaron de aquel método. Al ver que todo seguía igual se sentaron cómodamente a esperar la salida de su amiga. Mientras aguardaban, Ireri llegó

apresurada al lugar. Doña Hilda la había contactado para que se uniera a ellos y así recuperara el auténtico amor de su hijo. Allí, le contaron todo lo que Clotilde había dicho.

De pronto, comenzaron a escucharse ruidos bastante fuertes y preocupantes dentro de la casa. Todos tenían la intención de entrar para ayudar, o al menos, entender que estaba pasando. Los sonidos eran similares a los truenos, como si una tormenta eléctrica naciera dentro de la habitación.

Las paredes comenzaron a retumbar unos segundos después. Los padres de Janitzio recordaron las palabras de Clotilde: “Si escuchan ruidos extraños, por muy espantosos que sean, aguántense las ganas de entrar. No abran la puerta”. Ireri se asomó a la ventana y vio sorprendida que adentro todo estaba en calma, además, Yuriria estaba ahí. ¿Cómo era posible? Inmediatamente les dijo a sus suegros que se asomaran. Los ruidos y movimientos, desde fuera, no habían cesado. Don Rufino y Doña Hilda vieron exactamente lo mismo: todo tranquilo al interior, sólo dos personas de frente, moviendo los labios y mirándose.

Después de una hora, Clotilde salió de la casa con la cabeza en alto. Todos se levantaron para recibirla y escuchar las noticias que traía.

- He ganado. Ahora todo estará en paz y volverá a la normalidad – les dijo con una enorme sonrisa, mientras sostenía y alzaba un muñeco vudú en la mano.

- ¿Qué es eso? ¡Se parece a mi hijo! – exclamó sorprendida y asustada Doña Hilda.

- Un muñeco vudú que usaban para controlarlo. Por eso es que ahuyentarlas de la casa no acabo con el hechizo. El hechizo



real estaba aquí. Ahora, hay que quemar a este canijo o la magia se nos revertirá a nosotros y para que queremos eso, ¿no?

Todos partieron del lugar para quemar el muñeco que rompería por completo el hechizo sobre Janitzio. Al día siguiente, el joven se levantó con una sensación mucho más liviana en su cuerpo y mente. Era como si se hubiera recuperado de golpe de una grave enfermedad. Ahora se sentía pleno y liberado. Consciente de todo lo que había pasado, se alistó rápidamente para ir a buscar a su antigua enamorada y arreglar las cosas, pero, cruzó la puerta la encontró allí. Ileri se había adelantado.

- ¡Ileri! Benditos los ojos que te ven. Perdóname, no sé qué estaba pensando. Yo creo me estaba volviendo loco o yo que sé, pero por favor vuelve conmigo. Tú eres a quien de verdad amo, mi amor por ti sólo desaparecería teniéndome embrujado.

Ileri sonrió divertida.

- Lo sé, Janitzio. Créeme que lo sé.

Los jóvenes se abrazaron y entraron en la casa. Ahora sí, estaban juntos de nuevo.







La penitencia

La tarde era lluviosa y gris. En el pequeño y tranquilo pueblo de Ahuirán, el clima desalentador y triste, auguraba una tragedia terrible. En una de sus calles, dentro de una casa modesta, se llevaba a cabo un homicidio. La lluvia impedía que alguien se enterara de lo que ocurría, los gritos eran opacados por las gotas estrellándose en el pavimento.

Un perro callejero se acercó a la puerta, moviéndose nervioso por los angustiosos gritos. De vez en cuando ladraba como para responder a los gritos, o alertar a una persona de lo que estaba ocurriendo. Finalmente, la lluvia se detuvo y con ella la vida de las personas asesinadas al interior de esa vivienda. El perro parecía entender que todo se había acabado. Apenas hubo silencio, el animal dejó salir un largo aullido.

Una de las vecinas de la calle. Apenas puso un pie fuera de casa, notó al perro aullando desesperado; la mujer se extrañó, nunca había escuchado a un animal quejarse así. Cuando el perro notó su presencia corrió hacia ella, saltando desesperado y guiándola hacia la casa del homicidio. Trató, incluso, de morder suavemente su vestido, pero le lanzó una patada para ahuyentarlo. El animal, en cambio, no se rindió y de

nuevo intentó llamar su atención para llevarla hacia la casa. La señora, enfurecida, lo siguió para reprenderlo. Frente a la puerta, notó que el perro ladraba desesperado mientras olfateaba. De pronto, la puerta se abrió y salió Antonio, el hijo de la familia, para lanzar agua y espantar al perro.

- ¡Lárgate de aquí, maldito animal!

- Óyeme, ¿qué te pasa? No tienes por qué lanzarle cosas así. Está bien que sea un perro callejero, pero, ¡no inventes! – intervino la vecina, escandalizada por la agresividad y la acción del joven.

Antonio por su parte, sólo lanzó una mirada de desprecio y hartazgo hacia su vecina y entró a su casa sin hablar. La vecina, llamada Elena, se retiró a hacer sus deberes con el pensamiento lleno de dudas y extrañeza. Por la tarde, de nuevo vio al chico agrediendo al perro, que insistía en rondar la casa. Elena ya no reclamó, sólo se acercó decidida y tomó al perro para alejarlo. Antonio entró a su casa rápidamente y evitó tener contacto con ella. La mujer, entonces, decidió meter al perro a su casa para que ya no sufriera más ataques.

Por la noche, cuando ya no había ni un alma por las calles y la mayoría de la gente dormía o se preparaba para dormir, la puerta de la casa



de Antonio se abrió. La señora Elena aún estaba despierta cuando escuchó ruidos en la calle; se asomó discretamente por la ventana y pudo ver a Antonio arrastrar unos bultos grandes fuera de su casa. Temerosa de ser descubierta, apagó la luz del cuarto y siguió observando.

El chico comenzó a avanzar por la calle, deteniéndose frente a su ventana. Elena se apartó un poco para que no la descubriera. Por un momento, el muchacho volteó hacia su ventana rápidamente, para verificar que no había nadie mirando. La señora, sin embargo, se sobresaltó durante ese breve momento. Cuando el chico había pasado, Elena se asomó levemente y notó que una de las bolsas dejaba un rastro húmedo sobre el empedrado.

Cuando Antonio estaba lejos de esa calle, ella salió. Se acercó con una lámpara a la acera y vio que aquello que humedecía el empedrado era sangre. La mujer amagó con desmayarse del susto, sintió el impulso de gritar y llorar, pero logró contenerse. Entró a su casa nerviosa, tomó un suéter y se dirigió rápidamente con la policía del pueblo, caminando rápidamente entre las calles solitarias y silenciosas del pueblo. Cuando llegó a la ronda, es decir, con la policía comunitaria del pueblo, el lugar estaba cerrado. Elena tocó la puerta con fuerza.

- ¡Abran! ¡Abran, por favor! ¡Es una emergencia!

Así estuvo, tocando por 10 minutos hasta que un señor le abrió.

- A ver, a ver. ¿Qué le pasa, señora? ¿Por qué tanto grito? ¿No ve qué hora es? También la justicia descansa, ¡eh!

- Ay señor, perdóneme uste. De verdad que no estaría molestándolo si no fuera algo urgente y gravísimo.

- Ay, a ver, ¿qué es lo que no puede esperar a mañana?

- Creo que ha habido un asesinato en este pueblo.

- ¿Qué? - contestó sorprendido el señor.

- Sí, ahí en mi calle. En una de las casas del fondo vive una pareja con su hijo. Y desde la tarde, un perro callejero estaba ladrando frente la casa. Bien raro porque nunca lo hace. Y ahorita en la noche, hace como media hora, el joven salió de su casa arrastrando unos bultos ... y uno de ellos ... uno de ellos ... ¡tenía sangre! ¡Llenó la acera de sangre! ¡Ay, Dios mío! ¡Los mató! ¡Mató a sus padres!

- A ver señor, ¡cálmese! Igual y está viendo cosas. ¿Está segura que era sangre?

- Sí, por mi madre y mi esposo difuntos.

- Bueno, no quiero dudar de usted, pero ... ¿cómo sabe que no eran pedazos de carne de algún animal?

- ¿Entonces para qué los sacaría de noche? ¿Cuál es el problema de hacerlo de día?

- Pues no sé, a lo mejor para ahorrarse interpretaciones como la suya.

- ¿Disculpe? Mire, yo estoy segura de lo que digo, vamos a casa del chico y verá que no están sus padres. ¡Y no! No se fueron a ningún lado, yo recién los vi esta mañana.

- ¡Ay señora! Es que esto es delicado, si levanto al jefe y resulta ser una falsa alarma, se va a poner como loco.

- ¡Hágalo! Yo asumiré la responsabilidad.

- De acuerdo, lo llamaré. Mientras váyame llevando al lugar que dice.



La señora Elena y el policía llegaron al lugar. El hombre se acercó y examinó la mancha del suelo. Efectivamente, era sangre. Ya no quedaba la menor duda, quería comprobar que no era de algún animal. Ambos se acercaron a la casa tocaron. Nadie abrió. Entonces, el señor tomó la decisión de abrir la puerta de un golpe, aún si la señora estaba equivocada. Parecía que él estaba cada vez más convencido de que Elena decía la verdad.

La puerta se abrió y la dentro, la escena era brutal. Había manchas de sangre por todo el piso, y serruchos y cuchillos manchados. El policía inspeccionó la casa buscando más pruebas, y confirmó la ausencia de los padres. Antonio aún no regresaba, seguramente estaba enterrando los cuerpos. El oficial, entonces, llamó al jefe de la policía, y en 20 minutos, estaba reunido todo un equipo para buscar al chico, a quien encontraron en la base del cerro, cargando una pala y caminando de regreso al pueblo. Allí lo arrestaron para presentarlo ante las autoridades municipales. Los policías agradecieron a Elena por su valor, y ella volvió a casa, donde estaba el perro callejero al que decidió adoptar, olvidando ese horrible suceso.

Mientras tanto, Antonio era interrogado por policías municipales en la estación de Paracho. La confesión no fue difícil de obtener, y ahora, sólo faltaba que dictaran una sentencia definitiva.

- Así que mataste a tus padres, ¿eh? ¿O dirás que estabas enterrando a tu mascota?

- No, no tendría por qué mentir. Sí lo hice.

- ¿Por qué?

- Los odiaba. Estaba harto de que me trataran mal.

- ¿Te golpeaban?

- No, sólo no me entendían. Mi padre en especial. Él fue el primero al que maté, después a mi madre. A ella no la odiaba tanto, hubiera dejado que viviera, pero hubiera salido corriendo en busca de la policía para entregarme. No podía dejarla ir, tuve que detenerla.

- Bueno, muchacho. Esperaba tardar mucho más en hacerte confesar, pero has hecho bastante fáciles las cosas. Te diré qué pasará ahora. A partir de este momento serás un miembro más de la prisión, y lo único que te queda esperar, es el tiempo de tu sentencia. Evidentemente no habrá modo de que salgas libre, porque ya confesaste. El caso está más que claro.

- Como sea - respondió Antonio con indiferencia y sin darle importancia.

Al día siguiente, Antonio fue llevado a su celda. Los reos se encargaron de que su bienvenida fuera inolvidable. Lo peor, sin embargo, aún estaba por llegar. Esa misma madrugada, mientras el joven intentaba conciliar el sueño, comenzó a marearse y una sensación extraña invadió cuerpo: como si todos sus músculos se movieran solos por dentro. No sentía dolor, sin embargo, pronto se desmayó.

Antonio permaneció dormido así cerca de una hora. Cuando abrió los ojos, la luz del día todavía no asomaba; todos en sus celdas, seguían durmiendo. Cuando él intentó levantarse, sintió extrañas sus piernas: se flexionaban solas y temblaban. Antonio bajó la mirada y se llevó un gran susto. Las extremidades que tenía no eran las suyas, sino las patas de un perro.

- No, no. Esto no puede estar pasando. ¡Debo estar alucinando o soñando! – gritó desesperado.

Antonio se metió un pellizco violento en el

brazo, pero no era un sueño; después tocó sus piernas para sentir las, y comprobar que estaban cubiertas de pelo. Todo parecía ser real.

- No ... ¡no! Debe ser una alucinación. Seguro que alguno de estos canijos me dio algo. No les bastó la golpiza, también me hacen esto. No lo dudaría, así son en estos lugares, así son.

De pronto, un relámpago iluminó el cielo, y el sonido sobresaltó al joven. Repentinamente, la lluvia comenzó a caer con fuerza. Antonio se asomó por la pequeña ventana con barrotes y un rayo golpeó allí; él retrocedió espantado y respiró aceleradamente. ¿Cómo es que ninguno de sus compañeros de celda se despertaba?

Otro rayo impactó, y esta vez logró entrar por la ventana, dándole una pequeña descarga a Antonio. En ese momento, una fuerte corriente de aire lo envolvió como en un remolino y comenzó a jalarlo. El muchacho sólo alcanzó a ver que se aproximaba velozmente hacia la pared. Cerró los ojos esperando el golpe con el muro, pero eso nunca pasó; cuando los abrió, estaba volando sobre el pueblo dentro de la tormenta, y de nuevo, se desmayó.

Con la luz de la mañana, Antonio despertó en el cerro completamente confundido. El joven intentó ponerse de pie, pero no pudo, de hecho, sus piernas se sentían diferentes; miró nuevamente hacia ellas y vio que esta vez se habían convertido en una cola de pescado.

El joven ni siquiera gritó, simplemente se puso a llorar amargamente y con resignación. Luego, se llevó las manos a la cara para limpiarse las lágrimas y notó que las patas de perro, ahora estaban en sus manos. Nada podía ser peor ahora. Antonio intentó arrastrarse para conseguir ayuda o alimento. Pronto se encontró con un señor que cuidaba su ganado.

- ¡Señor! Disculpe, ¿podría ayudarme?

- ¿Quién eres tú? ¿Le ocurrió algo joven?

- Es complicado, ni siquiera yo sé qué paso. Por favor, no quiero que se asuste. ¡Mire! - respondió nervioso de mostrar lo que le había ocurrido. Después de eso, se asomó para que el hombre pudiera verlo.

- ¡Ay Dios mío! ¿Pero qué es eso? ¡Aléjate! ¡Aléjate de mí!

- Señor, no entiende. Yo no le haré daño, soy un muchacho normal, una persona como usted, pero hoy amanecí así. Sólo quiero que alguien me ayude a ser como era y con algo de comida.

- ¡No! ¡No! ¡No puedo! ¡Sólo aléjate! ¡Quizá alguien más pueda ayudarte, pero yo no! - gritó el hombre mientras salía corriendo con sus animales.

Antonio esperó, y por la noche, bajó al pueblo para encontrar alimento. Llevaba todo el día sin comer y estaba muriendo de hambre. Se acercó a los pequeños negocios de comida e inspeccionó las tiendas locales para saquearlas. Después de comer todo lo que encontró, el chico comenzó a sentir retortijones en el estómago y terminó vomitando. Al día siguiente continuó expulsando los alimentos, entonces infirió que su estómago ya no aceptaba más que pitsekuas, raíces, mazorcas y pinacates. Pero esa no era su única penitencia, Antonio ya no podía andar mucho tiempo fuera de una cueva donde se escondía, porque el mismo rayo que lo atacó en prisión lo arrastraba nuevamente.

Mientras tanto, en los alrededores se hablaba del escape del asesino de Ahuirán. Todos



estaban buscándolo, sin lograr explicar la fuga. Los policías municipales avisaron a Elena, para que estuviera alerta.

- Lo siento señora, pero tendrá que estar a las vivas, aún no damos con el joven. Supongo que ya se enteró que escapó de la cárcel.

- ¡Sí! ¿Cómo es que fue posible? ¿No hicieron bien su trabajo o qué? Ahora, sabrá Dios si vendrá a buscarme para vengarse.

- Esperemos que no señora, pero si es así, no dude en que estaremos aquí de inmediato.

- Pues a ver. Igual andaré con mi perro en todos lados, él seguro que no me falla.

Elena se despidió de los policías, cerró la puerta de su casa y se sentó junto a su nuevo perro. La mujer estaba nerviosa, se movía inquietamente y su mente saltaba de un pensamiento a otro. Después de un rato, decidió pasear por el cerro en compañía de su mascota. Quería despejar su mente, después de todo, era de día y sólo llegaría a la falda del monte.

A la mitad del camino, la mujer, relajada y con el asunto casi olvidado, se encontró con Antonio. Detrás de un árbol, el joven la llamaba por su nombre.

- ¡Doña Elena! ¡Doña Elena!

- ¡Ay Jesús! ¡Eres tú! ¡No me hagas daño por favor, no te acerques! ¡Le voy a llamar a la policía! En la cárcel es donde has de estar, ¡asesino!

- No, aunque quisiera no podría hacerle daño. No los llame o me matarán. Además, ya estoy pagando mi penitencia, ire.

Antonio se dejó ver por la mujer, quien no pudo pronunciar palabra o sonido alguno al ver su cuerpo transformado.

- Pero, ¿qué te pasó? Eso ... ¿eso es real?

- Sí, doña. El primerito día que llegué a la cárcel, me salieron patas de perro, luego me sacó un remolino de la celda y me aventó al cerro, y desde ahí estoy así: como pescado, perro y cristiano.

- ¿Y eso por qué pasó? Esto es muy difícil de creer. ¿Seguro que no andas disfrazado?

- No, ojalá. Sólo quiero que me ayude a traer a la gente del pueblo, para que sepan que no me escapé y que sea una advertencia para cualquiera que esté pensando en dañar a sus padres. Si hacen lo mismo que yo, acabarán así, igualito. Después volveré a ocultarme y no volverán a verme nunca. Le debo una disculpa señora, y al perrito que lleva con usted.

- Está bien, si eso quieres. Les diré que pueden encontrarte acá, pero que no podrán arrestarte.

- Gracias.

La señora Elena se fue corriendo para el pueblo y le informó a la policía lo que había pasado. Los policías municipales se prepararon para arrestar, de nuevo, al muchacho. La mujer insistió en que no podrían encerrarlo, porque él se escaparía, además, les habló del aspecto que tenía para pagar su crimen. Nadie entendía muy bien qué quería decir con eso, pero ella tampoco dio detalles, pues tenía miedo de que dudaran de su cordura o la juzgaran como cómplice.

Una tropa de policías, la señora Elena y un montón de curiosos del pueblo, corrieron apresurados hacia el lugar que la señora les había indicado. Avanzaban preparados para cualquier intento de fuga; no planeaban dejar que el joven escapara de nuevo. Al llegar ahí, Antonio salió de entre las plantas y rocas, adelantándose a los policías.





El joven dejó ver su cola de pez y sus patas de perro. Todas las personas quedaron congeladas; horrorizadas y sin saber qué hacer. Algunos policías estuvieron a punto de disparar, pero fueron detenidos por el jefe. El mismo policía encargado del interrogatorio, se acercó lentamente para verificar que no era un truco o un disfraz. Antonio dejó que revisara sus partes transformadas. El policía se hecho hacia atrás, horrorizado y asqueado.

- Gente del pueblo, de mi pueblo, Ahuirán. Sólo quiero pedir perdón por la acción horrible que cometí, ensuciando su querida comunidad. No tengo cara para disculparme con mis padres, pero igual lo haré, porque no se merecían morir así. Soy un monstruo y Dios lo sabe, por eso me transformó en uno. Quiero que esto se transmita de boca en boca, de padre a hijos, para

que nadie acabe como yo y tampoco haya más matones, ¿verdad? No iré a la cárcel, señores, lo siento. Mi penitencia ya la estoy cumpliendo aquí y no puedo dejar que me lleven. ¡Hasta nunca!

Todos los policías avanzaron coordinadamente hacia él para que no escapara. Sin embargo, el mismo rayo y la tormenta que lo sacaron de prisión, aparecieron repentinamente, haciendo retroceder a todos los presentes. Después, un remolino de aire se formó envolviendo al joven y desapareció, volando lejos del lugar. Tan pronto como se perdió de vista en el cielo, la tormenta cesó y nadie supo a dónde fue a parar el hombre-pez. Una cosa era segura: la historia sería contada entre los habitantes del lugar para que la gente temiera los malos comportamientos.







**GOBIERNO DE
MÉXICO**



MÉXICO, 2020